

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1860. — TOMO XV.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administración general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

AÑO 19. — N° 387.



FIESTA DADA AL REY VICTOR MANUEL EN EL CASINO DE LOS COMERCIANTES EN FLORENCIA.

SUMARIO.

Fiesta dada al rey Victor Manuel en el casino de los comerciantes en Florencia; grabado. — La Dama de noche. — Expedición de China. La ciudad de Fu-Chu-Fu; grabado. — La Hungría y la Croacia; grabados. — Revista de Paris. — A Julieta. — Versos escritos sin la letra A. — Instalación del tribunal de casación en Milan; grabado. — Entrada de tropas piemontesas en Milan; grabado. — El volcan de Santa Rosa en la isla de la Reunion; grabado. — La Virgen de las azucenas. — Pasos artísticos por Roma; grabados. — Inauguración de los bajo-relieves del monumento de Juana de Arco en Orleans; grabados. — Discurso de don Cándido Nocedal. — Rosa del cielo. — Venta de caridad en Paris en el palacio de la embajada de Inglaterra; grabado. — Primera representación de *Fidelio*, ópera de Beethoven; grabado.

LA DAMA DE NOCHE

NOVELA ORIGINAL

DE DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

(Continuacion.)

— ¡Y esas Memorias!... exclamó anhelante el marqués; esa prueba...

— ¡Ah! Gabriela estaba fuera de casa cuando yo abrí su secreter en busca de joyas, de valores... Gabriela no sabe que yo he leído esas Memorias: las he dejado en su lugar, en su lugar las joyas: he procurado que no se note el menor desorden, y lo he arreglado todo con la paciencia y la calma de la venganza: necesito matarte antes que á ella; necesito que nada la advierta, que no pueda huir, porque á ella no puedo matarla como á tí, en duelo.

La voz del desconocido habia llegado á ser horrible. En cuanto al marqués, se oía el hálito, el rugido sordo de su cólera, y en el momento en que el desconocido pronunció las últimas palabras, se oyó un ruido especial, el ruido de un hombre que caía al suelo rudamente acometido por otro.

Y luego golpes horribles, sordos, repetidos, y gemidos ahogados.

De una manera involuntaria Luis y yo nos lanzamos hácia el lugar donde aquel horrible ruido resonaba.

Era un extenso despacho. En el centro de él, el marqués arrojado sobre mi hombre como el tigre sobre su presa, le oprimía con ambas manos el cuello.

Y al mismo tiempo golpeaba con fuerza, ó por mejor decir, hacia chocar la cabeza de aquel hombre contra el pavimento de mármol.

— ¡Tío! ¡tío! exclamó Luis lanzándose sobre el marqués y asiéndole los brazos por detrás. ¡Qué barbaridad!

Pero al ver la sangre que salía á borbotones de la cabeza de la víctima y se extendía en arroyos sobre el pavimento, Luis retrocedió pálido como un espectro.

Yo estaba aterrada. El marqués nos sintió, y se alzó verde, lívido, espantado.

— ¿Qué haceis aquí? ¿quién os ha traído aquí? exclamó roncamente, devorándonos con una feroz mirada de amenaza.

LVIII.

De repente el marqués salió del despacho como huyendo.

Luis y yo permanecimos allí como retenidos por una influencia terrible.

Durante algun tiempo permanecimos inmóviles.

El terror nos dominaba. Entrambos teníamos fija la vista en aquel hombre, que permanecía tendido é inmóvil y de cuya cabeza salía un mar de sangre, aumentando el charco que le rodeaba.

A un mismo tiempo y como impulsados por un mismo pensamiento, Luis y yo nos acercamos á aquel infeliz.

Queríamos socorrerle, pero nuestro socorro era ya inútil: estaba muerto.

LIX.

Aquel hombre demostraba tener como cincuenta años y haber sido bello y simpático, á pesar de que la expresión de la agonía y la cólera le desfiguraban.

Su traje era el uniforme de diario de la marina de guerra española, y por sus insignias demostraba ser capitán de navío.

Luis y yo no podíamos separarnos de allí. Parecía que mis piés se habian adherido al pavimento.

Luis pugnaba por levantar el cadáver, esperando que un indicio cualquiera le demostrara que aun vivía. Pero inútilmente: el cadáver se desplomaba de nuevo.

Luis se ensangrentaba las manos, y blasfemaba de una manera horrible, maldecía á su tío, maldecía á su suerte que le habia llevado allí, y entre estas blasfemias y estas maldiciones exclamaba sin cesar:

— ¡Pobre Gabriela! ¡Pobre Ines!
Y volvía á pugnar por volver aquel desgraciado á la vida.

— ¿Pero le conoce Vd.? dije á Luis dominando mi terror, que entorpecía mi razón y mi lengua.

— Sí... sí... le conozco mucho... ya lo creo... como que es marido de mi tía segunda Gabriela Gálvez de la Roca: como que es padre de mi prima Ines, que es una hermosa niña de diez y seis años: ¡pobre viuda! ¡pobre huérfana! ¡y arruinadas! ¡porque aquí se ha hablado de ruina, de quiebra, de deshonor! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

LX.

Margarita se detuvo como tomando un descanso preciso en su relación de horrores.

Yo me sentía malo. Margarita me hacia una revelación mas completa que lo que ella pensaba.

Acababa de darme la clave de la locura, de la enfermedad que habia llevado á la tumba á la madre de Ines, á la misteriosa mujer, señora ó amiga del negro Pablo.

Entonces y solo entonces comprendí aquellas cartas escritas por Gabriela á un hombre que al parecer tenía la obligación de amarla y de protegerla.

Todas las personas que habia conocido desde hacia tres noches, se relacionaban, se enlazaban ante mí por la revelación de Margarita.

Sin embargo, supe ser prudente. Necesitaba saber mas, dominar completamente aquella historia, para hacer á mi vez graves revelaciones á Margarita; no sé por qué presentía yo que entre ella é Ines existía una relación inmediata.

Guardé pues silencio.

LXI.

Margarita continuó. — El marqués apareció de nuevo junto á nosotros. Venía mortalmente pálido, pero mas sereno, y nos habló sin dureza.

— Ha sido un momento de cólera, un funesto momento de extravío; ese hombre y yo nunca hemos sido buenos amigos... me ha insultado gravemente, ha provocado mi cólera; me ha vuelto loco.

Nosotros no contestamos. El marqués se acercó á su víctima y la examinó.

— Todo es ya inútil, dijo; ¡muerto!
Y dirigiéndose á una puerta nos mandó que le siguiésemos.

Le seguimos. El marqués atravesó algunas habitaciones y se detuvo en una.

Nosotros permanecimos aterrados ante él. El marqués estaba horrible con su semblante desencajado, sus cabellos grises erizados completamente, manchada de sangre sobre el pecho la camisa.

— ¿Cómo has entrado aquí, Luis? dijo á su sobrino. — Por una puerta que he encontrado abierta y que yo no conocía.

— Es verdad; la llegada de ese hombre me turbó; necesitaba hablarle donde nadie nos oyese; le introduje aquí, y en mi turbación dejé abierta la puerta secreta; pero ya está cerrada; nadie entra en mis habitaciones sin que yo le llame... nadie habrá oído... ¿lo entendeis?... nadie puede saber lo que ha sucedido aquí; si se sabe será por vosotros...

— No, no, tío; no lo sabrá nadie, dijo Luis... yo quisiera no saberlo.

— ¡Yo callaré!... ¡yo callaré!... exclamé aterrada por la mirada que el marqués tenía fija sobre mí.

— ¿Y cómo estás tú aquí, Margarita? me preguntó el marqués.

— Yo estaba en la glorieta del jardín, cuando se abrió una puerta que yo no conocía y entró este caballero, respondí.

— ¿Y tuviste curiosidad de saber á dónde se va por aquella puerta?

— Ojalá no la hubiera tenido. — Bien, muy bien; dijo el marqués, no importa; me ayudareis á ocultar esta desgracia; á mí solo me sería difícil; es necesario borrar estas señales de sangre.

— Sí, tío, sí; yo necesito lavarme las manos.

— No, todavía no; antes es necesario que lavemos el suelo donde esa sangre ha caído; afortunadamente es de mármol: pero no; será mejor otra cosa; ven conmigo, Margarita.

Y me asió de la mano. — Tú no te has manchado de sangre, ¿no es verdad?

— ¡Oh! ¡yo, no!

El marqués tiró de mí y me llevó de nuevo á la glorieta donde me encontraba cuando entró Luis.

— Olvida lo que ha sucedido, me dijo: esto ha sido un sueño, un sueño horrible y nada mas.

Después de esto cerró la puerta y me dejó sola.

LXII.

Y en efecto, apenas me quedé sola, me pareció que todo lo que habia sucedido no habia pasado de ser un sueño.

En aquella verde glorieta todo era paz. La luz entraba amortiguada al través del follaje, la fuente murmuraba constante y monótona; un silencio profundo lo envolvía todo; la guitarra que yo habia abandonado á la presencia de Luis, estaba allí sobre la hamaca.

La puerta por donde Luis habia entrado no existía para mí.

Ninguna señal de ella se veía. Ni yo me acordaba dónde estaba situada. Tomé la guitarra, salí de la glorieta, atravesé los solitarios salones, y me encerré en mi gabinete. Desde entonces no ha pasado un solo día sin que durante un momento de él haya sentido yo el profundo y frío abatimiento, la tristeza aterradora que entonces me dominaban.

LXIII.

Pasaron una, dos y tres horas. Al cabo de ellas sentí que llamaban á la puerta de mi gabinete.

Me levanté y abrí. Era el marqués.

Las manchas de sangre de su traje habian desaparecido.

De su semblante habian desaparecido tambien las huellas de la tormenta.

Estaba como siempre sereno y grave.

Me aterró el sombrío valor del marqués.

Un hombre que al poco tiempo de haberse teñido las manos en sangre humana, podia mostrarse tranquilo como si nada hubiera acontecido, debia estar acostumbrado al crimen.

¿No habia sido negrero?
Esto lo explicaba todo.

— Comprenderás, me dijo, que no ha estado en mi mano impedir lo que ha sucedido; ha sido una desgracia... de mi parte están sin embargo la razón y la justicia... pero las leyes, ó mejor dicho, los encargados de aplicarlas, no siempre profundizan, no siempre ven claro, y suelen confundir al asesinato con la fatalidad; me pesa sinceramente de haber sido arrastrado por la insolencia y la audacia de ese hombre á un extremo tal... pero ya ves, estoy tranquilo... hematado defendiéndome... ha sido una lucha; si yo hubiera sido mas débil hubiera sucumbido.

— ¿Pero si eso se descubre?
— No puede descubrirse; el fuego borrará las huellas de la sangre; nadie ha reparado en la entrada de ese hombre; nadie tiene que reparar en que no ha salido; ahora vé y vístete, Margarita; ponte elegante; vamos á la ópera.

Yo obedecí; fui á mi tocador y me vestí, y volví al lado del marqués.

Empezaba á oscurecer. — Ven, me dijo el marqués, quiero que lo veas todo; quiero que te convenzas de que nada se puede descubrir, para que estés tranquila.

Y me asió de la mano y me llevó por habitaciones que estaban ya completamente oscuras.

LXIV.

Yo no sé por dónde salimos. De repente me encontré en el teatro del crimen. Pero aquel aposento tenia otro aspecto completamente distinto.

En el centro de él habia una especie de castillejo de muebles.

Luis, desencajado, trémulo, se ocupaba en una faena extraña.

Añadía nuevos muebles á los muebles ya amontonados.

Una sola lámpara alumbraba la habitación.

A un lado habia un objeto largo envuelto en una de las coladuras de raso carmesí de la habitación.

— Tío, me parece que para quemar á un muerto basta ya con toda esa madera, dijo Luis.

— Sobre esa madera caerán las del techo; será un verdadero incendio; no encontrará nadie la sangre entre las cenizas; concluyamos, Luis, concluyamos.

El marqués se dirigió al bulto envuelto en la coladura roja.

Luis se dirigió tambien.

Yo miraba aquello como podria haber visto la aparición de una escena infernal.

Lo que estaba envuelto en la coladura era el asesinado.

Luis y el marqués levantaron aquellos restos inertes, los pusieron con gran trabajo sobre los muebles amontonados, y luego el marqués encendió en la lámpara una enorme hacha embreada y la metió entre los muebles; luego encendió otra y la aplicó del mismo modo que la primera, y así sucesivamente hasta cuatro.

LXV.

Un instante despues una llama brillante se apoderaba de los muebles y se doblaba, se retorcia en el techo contenido su desarrollo por él.

Durante algunos minutos, el marqués y Luis á mi lado contemplaron desde la puerta aquel incendio.

— Ahora, dijo el marqués, al teatro: es necesario que alguna vez presente yo al mundo á mi pupila.

Y nos sacó de allí, nos hizo atravesar algunas habitaciones, y ya en las de la casa pública del marqués, por decirlo así, él y su sobrino tomaron sus sombreros.

Entramos en un carruaje, y poco despues estábamos en el teatro.

— ¿No habeis reparado, nos dijo al entrar en el palco el marqués, que corre un nordeste endiabrado? temo que mañana no tendremos casa donde vivir, y nos será necesario irnos á la hacienda.

Renuncio á pintar á Vd. el estado en que yo me encontraba.

— Mi situacion de entonces basta para hacerlo comprender.

Me devoraba la fiebre.

Todo lo que veia me parecia rojo.

Las luces de la sala me hacian daño.

¡Oh! ¡el 25 de mayo! ¡Dios mio!

LXVI.

Margarita calló de nuevo.

En cuanto á mí, su terror, nacido del recuerdo de aquellos horrores, su agitacion, su delirio, por decirlo así, me habian contaminado; yo me sentia tal cual ella.

Y ella sufría vivamente.

— Es necesario dejar esa relacion para otro dia, la dije: está Vd. afectada, Margarita; sufre Vd. demasiado.

— Por lo mismo no quiero repetir este sufrimiento: ya estamos dentro de él, continuemos; concluyámoslo, para no volver á él; si, es necesario concluir; es necesario que me conozca Vd. completamente.

— Sin embargo...

— No, no; continuemos: aun tenemos tiempo; mi historia estará concluida antes del amanecer.

LXVII.

Margarita anudó su interrumpido relato.

— Pasó mucho tiempo: se cantaban *los Puritanos*; acabó el primer acto sin que nadie viniese á avisar al marqués.

Pasó el entreacto y nadie vino tampoco.

Empezó el acto segundo.

El marqués pugnaba en vano por dominar su inquietud.

Cuando nadie de su casa venia á avisarle del incendio, el incendio no habia sido notado.

¿Habria abortado?

¿Se habria sofocado, porque Dios no quisiera que aquel incendio ocultase un crimen?

Y sin embargo, parecia imposible que no se hubiese propagado el volcan que habiamos dejado encendido.

Los esclavos son descuidados; pero no podia suponerse que llegara su descuido hasta el punto de no notar el incendio.

Es cierto que el foco de aquel incendio habia quedado en extensas habitaciones reservadas donde no entraba nadie.

¡Pero el humo! ¡las llamas! ¡el olor!

LXVIII.

De improviso se notó en el teatro un movimiento extraño.

Un movimiento de alarma.

Al mismo tiempo se abrió la puerta del palco, y el esclavo ayuda de cámara del marqués apareció gritando:

— ¡Fuego! ¡fuego en la casa, señor! ¡toda la casa está ardiendo!

Y en todas las localidades del teatro habia agitacion, y las gentes salian en tropel.

Porque se habia desarrollado de una manera tan espantosa el incendio, que se temia por todos pusiese en peligro á la Habana.

LXIX.

Salimos.

Cuando llegamos, las llamas envolvian todo el edificio, que por fortuna para la poblacion estaba aislado por anchas calles.

El marqués preguntó si habia sucedido alguna desgracia personal.

Le respondieron que no: todos sus esclavos habian podido escapar.

Entonces asombrando con lo que creian su grandeza de alma á los que le rodeaban, á los que no sabian que el marqués tenia asegurados su palacio y sus muebles en una cantidad excesivamente mayor que su valor, mandó que nos llevasen á su hacienda, y que se retirasen á la misma sus esclavos.

— ¡Pero tío! dijo Luis; ¡abandona Vd. así su casa, sin procurar salvar lo que pueda salvarse!

— Eso es asunto de la compañía de seguros! dijo el marqués con una horrible sangre fria, replegándose á un ángulo del carruaje.

De modo que aquel incendio de que se habia valido el marqués para borrar las señales de un asesinato, era al mismo tiempo un robo.

El carruaje partió.

Al amanecer estábamos en la magnífica hacienda de los Plátanos, propiedad del marqués.

LXX.

Nada quedó del palacio.

Nada mas que el solar cubierto de escombros humeantes, y de montones de cenizas.

Se habia reparado en el incendio demasiado tarde, y el nordeste se habia encargado de ayudar al fuego en su obra de destruccion.

Se sabia que el marqués conservaba fuera de circulacion grandes sumas, que eran numerosas las vagillas de plata y oro, que habia además mucha plata y mucho oro invertido en el adorno de sus salones, y se revolviéron aquellas cenizas, aquellos escombros: mejor dicho, se espurgaron.

Pues bien: ni un solo hueso aunque calcinado, vino á denunciar que bajo aquel incendio habia desaparecido un ser humano.

La compañía de seguros contra incendios entregó al marqués como cumplimiento de una obligacion contraída con él medio millon de pesos fuertes.

El marqués habia hecho un buen negocio: habia cubierto de una manera segura su responsabilidad ante las leyes, y se habia reembolsado un capital muerto, con el beneficio de un cincuenta por ciento.

El marqués nos lo decia á su sobrino y á mí con un cinismo repugnante.

En cuanto á don Lorenzo de Fonseca (este era el nombre del marino asesinado), nadie extrañaba su desaparicion.

Se sabia que habia quebrado y se le suponía en los Estados Unidos, refugio comun de todos los estafadores y de todos los bribones del mundo.

Ni una sola persona sospechó ni remotamente la verdad.

LXXI.

La hacienda de los Plátanos era hermosa y completamente saludable por su situacion y su alejamiento de la costa, pero para mí era una nueva reclusion.

Por allí no parecia nadie.

Estaba rodeada de esclavos.

Los únicos semblantes blancos que veia junto á mí eran los del marqués y su sobrino Luis.

Luis permanecia con nosotros, y de una manera que me asustaba, porque preveia fatales consecuencias, me galanteaba sin rebozo, y hablaba delante de su tío de un próximo enlace conmigo.

Y lo que mas me aterraba era que el marqués me habia prescrito explicita y rotundamente que alentase los amores de Luis, que diese pábulo á sus esperanzas.

Yo no podia creer que el marqués hubiese renunciado á mí: sabia demasiado que su amor especial, que su repugnante pasion por mí, en vez de extinguirse crecia.

Yo veia un misterio en el empeño del marqués porque yo alentase el amor de Luis.

Y lo que era mas extraño, el marqués pasaba fuera de la hacienda no ya solo dias, sino semanas enteras que invertia en la Habana.

Yo cedia de miedo á las órdenes del marqués, y Luis se creia amado por mí.

Luis por mi amor habia llegado á olvidar las terribles escenas del 25 de mayo.

Sin embargo, de tiempo en tiempo y distraido se frotaba las manos como lavándose, se las miraba y volvía á frotárselas.

— ¡Como ahora! exclamé.

— Luis, dijo Margarita, tiene como yo remordimientos de no haber denunciado al marqués; Luis empezaba á estar loco.

— Y hoy lo está de remate.

— Yo tengo la culpa; ó mejor dicho, mi terror al marqués es la causa de la locura de Luis: yo le sonreía, le contestaba con acento enamorado á sus palabras de amor; empleaba con él toda la coquetería de la mirada, de los suspiros, de la conversacion, de que siempre dispone toda mujer; y era que yo veia siempre detrás de Luis la sombría figura del marqués que me decia: ¡engañale! ¡y yo le engañaba!

LXXII.

Pasaron así tres meses.

El marqués ausentándose con frecuencia.

Luis permaneciendo constantemente á mi lado.

Si el carácter de Luis no me hubiera sido siempre fuertemente antipático, sabe Dios si sería su esposa.

Pero el marqués lo habia adivinado.

Llegó un dia en que lo supe, porque el marqués me reveló el misterio de su conducta.

Una noche... Luis habia salido á caballo á una hacienda inmediata donde tenia un amigo; sentí que alguien trepaba por la pared á una de las ventanas de mi gabinete.

Me asusté, pero me tranquilizó una voz que sonaba en la ventana.

Era el marqués que entró, y despues de decirme que venia ocultamente á hablar conmigo acerca de un grave asunto, añadió:

— ¿No te ha parecido extraño, Margarita, el que yo te suplique accedas á las reiteradas pretensiones de mi sobrino?

— He creido que Vd. me ama tanto, le dije, que creyéndome predispuesta al amor de Luis, ha sacrificado Vd. su amor á mi felicidad.

— No: sé perfectamente que no podias, que no puedes amar á Luis: que hay en él algo que te repugna: sabia que podia alejarme de aquí sin temor dejándole junto á tí, y me importaba mucho entretenerle, engañarle; pero es necesario que esto cese: es necesario que cambies completamente con Luis.

— ¿Y cómo, sin pasar por una mujer despreciable? He obedecido demasiado bien á Vd. para poder ahora bruscamente cambiar de conducta; seria mejor alejarle...

— Eso despues; pero cuando ya no tenga esperanzas, cuando no las pueda tener: tú no tendrás necesidad de exponerte á sus reproches: yo te proveeré de un arma bastante fuerte, para que con ella mates las esperanzas de Luis.

— No comprendo á Vd.

— Vas á comprenderme: supongamos por un momento que amas de veras á Luis: que deseas unirte á él.

— Supongámoslo.

— Que estas enamorada.

— En buen hora.

— Dime, si eso fuera cierto, y supieras que Luis ha obrado torpe y villanamente con una joven digna, dignísima de ser amada, y que le ha amado y le ama con toda su alma...

— Esa seria una malísima recomendacion para ese caballero.

— Y si supieras además que ha seducido á esa joven, que existe un fruto desgraciado de esa seduccion...

— ¡Oh! la prueba de eso, y rompo con Luis sin temor de ningun género.

— La prueba la tienes en el cuarto de Luis.

— ¿En el cuarto de Luis?

— Sí, sobre su mesa: esta mañana ha venido el correo, y ha traído una carta para Luis: esa carta es de la mujer seducida, abandonada por Luis... de Ines de Fonseca, mi sobrina.

El alma se me llenó de amargura: el crimen me rodeaba por todas partes: el sobrino era sobre poco mas ó menos tan infame como el tío.

Yo buscaba en vano la causa que Dios podia haber tenido para colocarme en aquella terrible situacion, desconociendo á mis padres, entregada sin defensa á un miserable tal como el marqués, asediada por el amor de otro miserable, obligada á representar papeles repugnantes.

— ¿Pero cómo presento yo decentemente esa carta á Luis? exclamé: ¿cómo le digo: la he tomado de sobre tu mesa, he entrado en tu cuarto?

— Los celos lo disculpan todo.

— ¡Pero si yo jamás me he mostrado celosa con él! ¡Si le he hecho creer que tengo en su amor la mayor confianza!

— ¡Los celos brotan en un momento, y son tanto mas terribles cuanto menos se esperan! me dijo el marqués con voz sombría: esa carta puede haber despertado tus celos, y cuando los celos se sienten, se arrostra por todo.

Me causaron miedo estas palabras del marqués, que me revelaban que empezaba á desconfiar de mí: que temia que lo que yo habia empezado á hacer por obedecerle no lo hiciese ya por voluntad propia, por amor á Luis.

¿Comprende Vd. lo doloroso de mi situacion, Andrés?

— ¡Oh! ¡sí! y es necesario salvar á Vd. de ese hombre á toda costa, la respondí.

— El miedo que sentia, continuó ella, me doblegó á esta nueva exigencia del marqués.

— Consiento, dije: entraré en su cuarto, tomaré esa carta, la abriré, y me valdré de ella para un rompimiento.

— Sí, sí, dijo el marqués: es necesario que esto concluya, y que concluya sin que Luis pueda creer que este rompimiento es obra mia.

— ¿Pero porqué haber empezado?

— ¿Porqué? ¿porqué me he prestado yo á que Luis te enamore, á que Luis viva á tu lado... cuando mataría al hombre que alcanzase una sola mirada tuya? ¡por miedo! ¡porque no quiero matarle! ¡porque ya la sangre me ahoga!

— Pero...

— Me ha amenazado: me ha dicho con su acostumbrada desvergüenza: queridísimo tío: estoy profundamente pesaroso del silencio que guardo acerca de los acontecimientos del 25 de mayo: es este un secreto que me llena el corazon, que rebosa, que se me escapa... es necesario que algo poderoso contenga el rebosamiento de este secreto... y tenga Vd. en cuenta que tengo pruebas... que el fuego no ha destruido todo lo que contra Vd. puede valerme: mi buen tío... yo encontré una carta, una cartera en el bolsillo de mi otro tío don Lorenzo: la sangre habia entrado en la cartera y habia manchado los papeles; hay entre ellos una carta muy lacónica, que dice lo siguiente que he aprendido de memoria: Habana 25 de mayo de 18... — Voy en este momento casa del marqués de la Roca, mi pariente político: necesito saldar con él ciertas cuentas de honor: si desaparezo, que todo lo temo del marqués, que se le haga cargo de mi desaparicion. — Lorenzo de Fonseca. — Ya veis, mi querido tío, que si esta carta se presenta á los tribunales...

— ¡Mientes! le contesté: esa carta no puede existir.

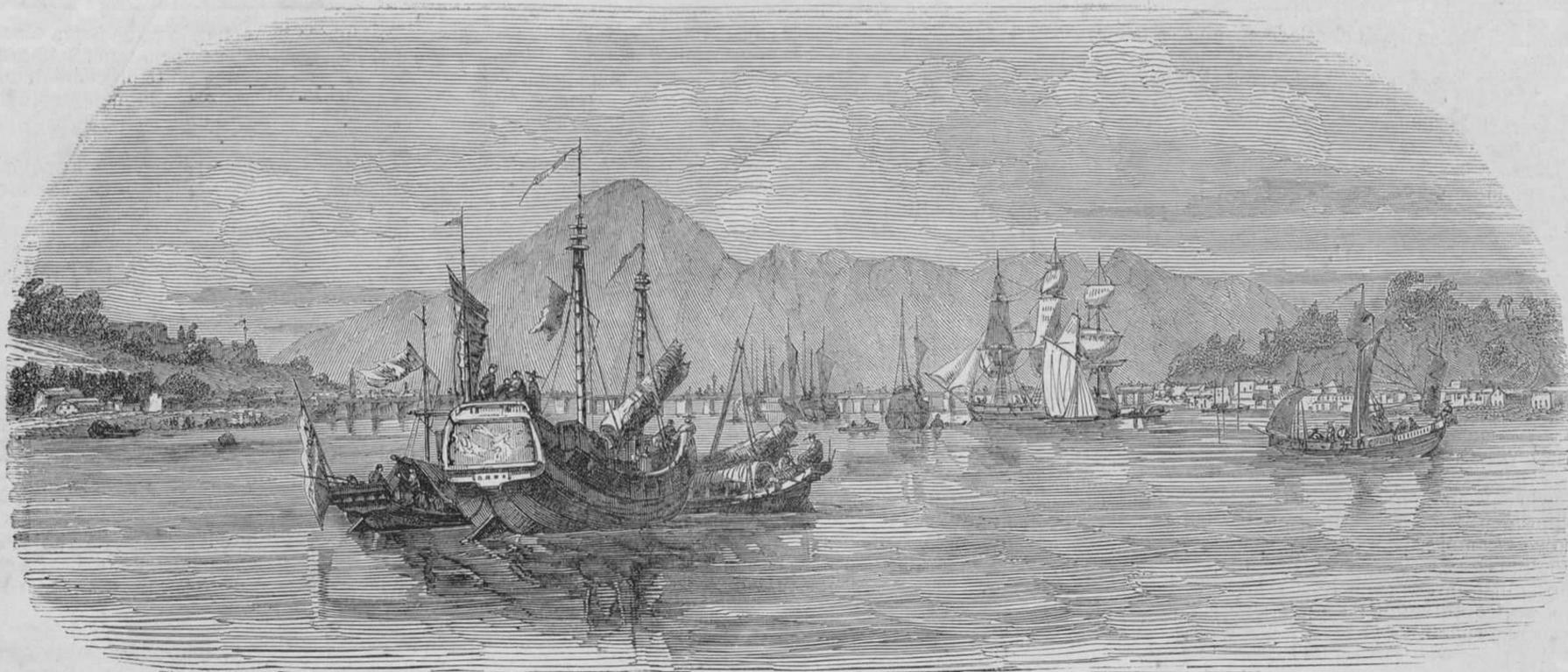
— ¿Y porqué, mi querido tío? me dijo.

— ¿Porqué? porque temiéndolo todo de mí, no podia don Lorenzo traer á mi casa una carta, donde se dice que si desaparece se me haga cargo de su desaparicion: desapareciendo él, la carta debia quedar en mi poder.

— Cierto, ciertísimo, me contestó mi perverso sobrino; pero eso no prueba otra cosa sino que, cuando un hombre se encuentra dominado por una situacion terrible, no sabe lo que hace: don Lorenzo debió meterse distraído esa carta en el bolsillo y traérsela: veamos, ¿se ha acordado Vd. de registrar al difunto?

Ya ves que la objecion de ese miserable es de peso, añadió el marqués; debia aterrarme y me aterró: sin embargo, me sostuve.

(Se continuará.)



EXPEDICION DE CHINA. — LA CIUDAD DE FU-CHU-FU.

La Hungría y la Croacia.

(Conclusion. — Véase el número anterior.)

El aldeano húngaro es franco y leal; reúne el extraño contraste de un buen corazón y de una irritabilidad que se excita fácilmente. Es generoso y liberal. Posee un terreno fértil que es para él una fuente de dicha, y contribuye á desarrollar las cualidades peculiares de su naturaleza. El aldeano es aficionado á noticias y le gusta hablar de ellas; cumple con religiosidad todos sus deberes piadosos. Los católicos húngaros son unos siete millones, y los protestantes tres millones y medio. Soldado, el húngaro marcha y combate á pié

valerosamente; pero su verdadero elemento es el servicio de la caballería, pues desde su infancia vive en íntima relación con los caballos. Se puede decir con razón, que el húngaro nace jinete. El aldeano está muy arraigado á los antiguos usos, y sobre todo desprecia las innovaciones que vienen del extranjero, pues para él la patria es el resumen de todas las perfecciones. Pocos húngaros emigran.

El hombre del pueblo no conoce mayores bienes que el reposo, la pipa que tiene constantemente en la boca, y la *csuttora* ó frasco de madera que contiene el vino. No hay casa húngara donde no exista este utensilio de todas dimensiones; los hay hasta del tamaño de un haril. La *csuttora* tiene una forma singular; es como un

frasco de madera ancho por enmedio, aplastado por los dos lados, y con un cuello corto y estrecho. Hecha al torno y de una sola pieza, esta vasija presenta un agujero á cada extremidad; el cuello está puesto en la extremidad superior, en tanto que una pieza de madera cierra la del fondo, y este tapon está adornado con una roseta de cuero de varios colores. Los húngaros la llevan en una funda de piel y colgada al cuello mediante una correa. Además, la colocan también sobre cuatro piés muy juntos. La nación la celebra con canciones. La *csuttora* en su forma actual ha sido fabricada sin duda por los magyares de los tiempos más remotos; tal vez con ella al cuello recorrieron el Asia y entraron en Hungría.



CAMPO DE LOS MAGYARES.

Artillería de la landwehr. — Artillería regular — Guardia nacional-rural. — Oficial de la guardia nacional movilizada. — Comandante de la guardia nacional rural. Caballería regular. — Húsares. — Jazége.



DANZA CROATA.

La educacion del aldeano húngaro consiste simplemente en la enseñanza religiosa que recibe del cura ó del ministro los domingos por la tarde, el sermón sobre diferentes puntos de moral, y por último la instruccion del invierno que un maestro de escuela que sabe leer y escribir un poco, difunde solamente en algunos pueblos. Los padres, faltos tambien de instruccion, dejan crecer á sus hijos sin mas guia que la naturaleza, y muy contentos si los hallan en disposicion de secundarles pronto en sus faenas. La parte liberal de la nacion tiene aquí una gran reforma que llevar á cabo, y ya sabemos que se ha ocupado de ello en los últimos tiempos.

El hombre del pueblo en Hungría se alimenta bien. La carne aparece diariamente en la mesa del aldeano. Tambien comen tocino y manjares preparados con harina. El pan del esclavon, que ordinariamente se alimenta con patatas, es de cebada y centeno, muy pesado y negro; en tanto que el húngaro no conoce mas pan que el de trigo. Los alimentos que convienen sobre todo á los húngaros, son el maiz, que saben arreglar de distintos mo-



GUARDIA FRONTERIZA IRREGULAR DEL BAN DE CROACIA.

dos, el tocino, la manteca, y en general toda especie de grasa; luego el pescado del Danubio y del Vaag, que devoran enteramente cubierto de paprika. Suponen que la paprika, que no es mas que la especia de los turcos y de los árabes, los preserva de una porcion de enfermedades causadas por el uso excesivo de los manjares grasos, y á las cuales sucumbirian infaliblemente.

Los húngaros alemanes están exentos de estas enfermedades, entre las cuales la mas terrible es la que llaman *csomor*, causada por el uso frecuente del tocino. Se declara de repente con falta de apetito, cansancio, decaimiento, y en fin, por unos nudos que no tardan en mostrarse bajo la piel. Ningun médico, ningun remedio podrian curarlos, dicen los húngaros. Esta enfermedad dura tres dias, que pasan en hostezar y en abstenerse de todo alimento. Dicen que el único alivio consiste en darse friegas en la espalda. Los nobles del campo, que pasan la vida en la ociosidad, están sujetos á este mal lo mismo que los aldeanos.

El húngaro saborea el vino con delicias, y no hace ningun caso de la cerveza. El agua es la



MUJER Y NIÑA DE LA FRONTERA CROATO-HÚNGARA.

JOVEN CROATA CON EL TRAJE DE FIESTA.

TRAJE DE LAS MUJERES CROATAS.

bebida ordinaria del esclavon; rara vez toma vino, deja la cerveza á los alemanes, y no se complace en beber en su casa; así se le ve en los días de fiesta en la posada bebiendo vasos de mal aguardiente hasta por la noche.

Los húngaros-alemanes tienen en general un carácter cuyos rasgos más notables son el sentimiento religioso y la hospitalidad. Muy sobrios, se alimentan bastante bien, y comen casi lo mismo que sus hermanos de Alemania. Son muy limpios y cuidan con esmero á sus ganados. Su humor es jovial, suave y alegre, y el espíritu social se desarrollaría mucho en ellos, si no se elevara un obstáculo insuperable para separarlos de la raza húngara. Estos últimos rara vez han sufrido que otro pueblo se establezca en los lugares que ellos habitan. Los alemanes se inclinan más á los eslavos, y se entienden mejor con ellos cuando habitan la misma aldea. El alemán es muy diligente para cumplir con su obligación, en lo cual lleva ventaja á sus compatriotas húngaros y sobre todo eslavos. Además de su actividad para el trabajo y su aptitud para el laboreo, es muy cuidadoso y económico.

Los raitz ó rutenos tienen costumbres disolutas. El estado de abandono en que se encuentran y la poca educación que reciben los tiene en última línea de los pueblos de la Hungría. La parte de trabajo que toca á la mujer es superior á la del marido, que no presta consideraciones con ella. La menor circunstancia, fiesta, matrimonio, nacimiento ó defunción, da lugar á un festín en el que se bebe mucho aguardiente. Su baile se limita á dar vueltas; un mal violín acompaña las danzas; por último, los cantos de este pueblo son espantosos mugidos que se oyen siempre sobre la misma cadencia. Careciendo de toda noción religiosa, los rutenos que son de la religión griega, abundan en supersticiones de todo género.

Los válaeos de Hungría son altos y robustos. No son menos incultos que los raitz; violentos en sus pasiones, vengativos, sucios, perezosos é ignorantes, se hallan sometidos ciegamente en todas las cosas á sus popes, tan ignorantes como ellos.

Los judíos monopolizan una gran parte del comercio, al pormayor y de tránsito en Hungría; trafican con todo, son usureros, y en sus manos están las posadas, las carnicerías y las tahonas de las aldeas. Generalmente son muy maltratados por los indígenas que no les reconocen ningún derecho político. Actualmente su condición será mejor; pues en enero último el emperador de Austria ha decretado que los judíos puedan figurar en las causas contra los cristianos; que puedan comprar y poseer propiedades en los puntos de la monarquía donde les estaba prohibida la adquisición de bienes raíces, y por último, que puedan ejercer todas las profesiones licitas.

El modo de construir las casas es muy diverso entre los habitantes de la Hungría. Los montañeses construyen las suyas con vigas redondeadas metidas una en otra y cuyos intersticios se llenan de tierra y de musgo. Los colonos alemanes tienen habitaciones parecidas, pero con un piso alto rodeado de una galería que por un lado se baja en escalera. En la techumbre hay un agujero encima de la chimenea, para que salga el humo. El piso bajo es el gran taller donde se reúne á trabajar toda la familia; la pieza superior, á la cual sube el calor por varias aberturas, es el dormitorio.

Los eslavos fabrican sus casas con adoves y las cubren de paja; la mayor parte de los cuartos son abovedados y carecen de chimenea; esta se reemplaza con un tubo de un metro de alto, cuya abertura está bajo la techumbre, de modo que el humo interceptado se esparce por abajo, y buscando una salida pasa por donde puede. El que no está acostumbrado no puede permanecer dos minutos en esos cuartos á causa del humo; y sin embargo, los esclavos viven en esa atmósfera todo el invierno. Las casas de los aldeanos húngaros, también de adoves, tienen techumbres de cañas y chimeneas.

Los croatas, designados en Hungría con el nombre de *horvath*, forman como la sexta parte de la población de ese reino. La Croacia se compone de los tres distritos de *Varasd*, *Zagrab* y *Koros*; además comprende varios círculos ó provincias militares. Aunque agregada en parte á la Hungría y dependiente de este reino, tiene un gobernador llamado en el país *ban*, nombrado por el emperador de Austria como rey de Hungría, encargado no solo de la administración de las provincias croatas, sino también del mando superior de todas las tropas de esta nación. El Austria ha solido confiar á extranjeros este puesto, lo que en tiempo de paz importa poco; pero en tiempos de conmociones políticas es diferente, pues la autoridad del *ban* podría ser desconocida por los croatas.

Los croatas son una raza de hombres vigorosos y superiores á los demás pueblos eslavos por la estatura y el vigor; tienen el entendimiento poco cultivado, pero no sin aptitud natural para adquirir conocimientos; son toscos pero laboriosos, buenos y serviciales, aun sin esperanza de recompensa.

El croata es buen soldado, muy disciplinado y muy valiente; sirve con gusto en la infantería, y así es que compone una gran parte de la infantería austriaca. La Croacia tiene una organización muy militar. Los hombres válidos deben servir todos durante cierto tiempo, acabado el cual vuelven á sus faenas agrícolas. Todos están alistados y clasificados, de tal manera que en tiempo de guerra cada cual acude al sitio que le está señalado de antemano. La caballería croata no es numerosa; se compone de húsares, hulanos y *szereschaniens*.

ses; los caballos de Croacia, aunque bajos, son duros y vigorosos.

Los croatas hacen un servicio penoso en los círculos militares próximos á la frontera de Turquía, servicio que se confía en parte á la infantería y en parte á la caballería. El uniforme de los *szereschaniens* se distingue del de las demás guardias fronterizas; parece modelo de un antiguo traje nacional que ya no se conoce. Una casaquilla estrecha ricamente bordada y guarnecida de cuatro hileras de botones estrecha su talle y levanta su pecho en forma de coraza; la cubren con un capote en tiempo de lluvia; sus pantalones color azul claro con las costuras de diversos colores, van justos á la moda húngara; sus gruesas medias están bordadas de encarnado, y sus cabellos en gruesas trenzas caen por los lados como los de los pastores húngaros.

Tienen las facciones regulares, y su fisonomía supera en belleza á todas las que se encuentran en esa larga frontera turca que atraviesa toda la orilla meridional de la Hungría hasta la Transilvania. Armas turcas, un yatagan y dos pistolas guarnecen su cinto; una cartuchera cuelga por delante y llevan al hombro un arcabuz adornado á la turca. En una palabra, este pintoresco uniforme forma el mayor contraste con los uniformes austriacos.

Desde tiempos remotos este cuerpo de tropas tiene una constitución particular y se encuentra sometido á ciertas obligaciones; quizá debemos reconocer en los *szereschaniens* á lo más escogido de los habitantes de la frontera; quizá son descendientes de los célebres guardias fronterizos de Matias Corvin. Ahora son como una gendarmaría, como un cuerpo franco repartido por grupos de ciento y doscientos hombres entre los regimientos de la frontera. — Una compañía se emplea al servicio de la marina en las costas de Dalmacia. — Forman parte de ella las personas más notables de aquel territorio; cada oficial va acompañado por dos de ellos cuando hace su ronda; conocen los caminos frecuentados por los ladrones y los contrabandistas, y los persiguen continuamente. Su servicio es gratuito. Los nombres de sus jefes están en lengua turca: los llaman *bassi* (jefes superiores), de modo que el coronel es llamado *harambassi*, y los demás jefes *vice-bassi*.

Hay cuerpos de *szereschaniens* cuyo traje difiere un poco del que hemos descrito. Los guardias irregulares del *ban*, en lugar de la casaquilla estrecha, llevan la chaqueta turca encarnada, y en la cabeza un gorro alto; este traje no es menos pintoresco que el otro, como puede verse en nuestro dibujo.

Los croatas se entregan á la agricultura, pero prefieren el acarreo; los mercados de Pesth y de Viena les ofrecen una buena ocasión de ejercer su ocupación favorita. La mayor parte, independientemente de su lengua materna, hablan el alemán, aunque con mucho acento. El joven croata es muy robusto, y con tal que pueda bailar los domingos, trabaja sin cesar toda la semana.

El traje de los hombres se parece mucho al de los húngaros; llevan unas veces el pantalón húngaro ajustado, y otras, sobre todo en el verano, el *galya*, aunque más corto y estrecho y siempre dentro de sus botas; usan un cinturón muy alto con correas que les sirve para llevar todos los utensilios menudos que necesitan con frecuencia; su sombrero es redondo y de ala ancha, su camisa no tiene cuello, y llevan el pelo y los bigotes largos.

El traje de las mujeres varia de un distrito á otro. Unas, como las que se ven en el dibujo de la danza croata, llevan el corsé húngaro por encima de un vestido que solo llega á la rodilla; se envuelven la cabeza en una tela blanca y usan botas altas. Los personajes del grupo que ofrece la misma lámina son croatas de la frontera croato-húngara.

Otras mujeres de la Croacia llevan un vestido subido, un cinturón del que cuelga un pañuelo rayado y babuchas con puntas encorvadas; tampoco estas viven lejos de la frontera húngara. Las jóvenes, entre las cuales hay muchas hermosísimas, tienen trajes variados. Unas llevan faldas cortas y corpiño; el número de las faldas está en proporción de la fortuna de la joven croata. Por esto el domingo en el baile es fácil que los mozos calculen cual será su dote. En el invierno se ponen sobre sus vestidos un capote de grueso paño rayado, y en la cabeza una gorra redonda; los cabellos van trenzados por detrás. El traje de los días festivos es muy lindo: consiste en un vestido corto adornado en el pecho con bordados de colores diversos y cuyas anchas mangas se ajustan al antebrazo por una jareta; sobre el corpiño caen muchas sartas de corales. Sobre este vestido caen por delante y por detrás muchos pliegues en forma de puntas y con franjas. En la cabeza llevan flores naturales ó artificiales; en los pies babuchas de punta encorvada y medias bordadas: puede verse este traje en nuestros dibujos.

El baile de los croatas á que se entregan con pasión es muy pesado: consiste en una mezcla de danzas húngaras y alemanas. — El baile que representa nuestro dibujo es un paso húngaro bailado por croatas con orquesta de gitanos ambulantes. — La danza eslava, que se distingue de todas las demás, es muy cansada para la mujer; consiste en dar cien vueltas sobre sí misma, mientras el hombre describe anchos círculos en su derredor, dando palmadas y cantando una estrofa sobre el aire de la danza. Concluido el canto, la coge en sus brazos, la levanta sobre su cabeza, y después enlazándola la nuca con una mano en tanto que ella le rodea del mismo modo, se ponen á dar vueltas con una velo-

cidad increíble. Estas piruetas terminan el baile que vuelve á comenzar al punto, á menos que el cansancio ó la impaciencia de otra pareja no inclinen á la primera á retirarse. Muy á menudo su orquesta consiste en una gaita. Existen entre los eslavos muchos cantos melancólicos y sostenidos que se oyen á largas distancias.

El baile popular de los húngaros tiene un carácter más serio y menos violento. También hacen dar vueltas á sus bailarinas, las toman en sus brazos y las levantan para dejarlas escapar después; todo esto con una rapidez de movimientos extraordinaria. Acompañan su baile con un grito natural y estridente, al mismo tiempo que se pegan en la nuca con la mano derecha y agitan sus piernas una contra otra con la mayor velocidad. El aldeano húngaro no quiere otra orquesta que la de los *czigany*, ó gitanos de Hungría, que según ellos son los únicos que tocan bien los aires nacionales. Estos gitanos constituyen uno de los tipos más curiosos de la Hungría, y vamos á tratar de describirlos.

Su número asciende á 60,000. El historiador húngaro Pray, que ha escrito en latín, dice que «los gitanos húngaros arrojados del Asia por Tamerlan, llegaron al país de los magyares atravesando la Tracia y la Macedonia; además de ser buenos músicos, eran adivinos y pretendían descender del Egipto.» Sobre este último punto están de acuerdo con sus hermanos de España, de Francia y de Inglaterra. El *czigany*, que toda la semana y en el rigor del frío anda sin otra vestidura que una camisa de color oscuro y una capa mugrienta, se presenta el domingo vestido á la húngara, con calzón encarnado galoneado de oro, desperdicio sin duda de algún noble, y una pelliza guarnecida de pieles y adornada con trencillas de oro y botones de plata. Con este vestido, con su andar altanero é insolente, su enorme cabellera negra muy encrespada y su cutis tostado, tiene un aspecto muy original. Se obstina en conservar este traje y procura ganarle trabajando; pero en toda su vida tiene otro.

En cuanto á su mujer muy sucia y con los cabellos en desorden, apenas se cubre con harapos de todos colores; algunas, sobre todo en los campamentos que establecen los gitanos á la orilla de los caminos, no llevan más vestido que una mala camisa agujereada. Se casan á los trece ó catorce años. A menudo encargan á uno de ellos el hacer oficio de sacerdote, y sin más ceremonia se creen bien casados; además, son muy infieles á sus mujeres, y pocos pueblos ofrecen ejemplos de tanta inmoralidad. Se dicen católicos, pero son de todas las religiones y de ninguna. Vagabundos y ladrones, viajan en cuadrillas durante el verano y duermen en tiendas al aire libre; en el invierno se guarecen en las cuevas que se abren en las afueras de los pueblos. Y sin embargo estos hombres que viven como salvajes están tan orgullosos de su nacionalidad como los mismos judíos; pues suponen que son de los más antiguos entre los pueblos europeos.

Esta raza es más numerosa en el Banat y en la Transilvania que en lo restante de la Hungría; consiste quizá en la mucha intimidad que tuvieron con esos nomádicos válaeos, base de la población de esas dos provincias. Por lo demás, los gitanos antes se van con ellos y con los húngaros que con los alemanes y los eslavos. En las comarcas orientales se les oye hablar el válaeo, en el Mediodía y en el centro el húngaro, y en el Oeste un mal alemán; pero entre sí no usan más que su lengua nacional.

Se está observando que la raza disminuye en todos los países donde se halla diseminada; y por otra parte las naciones en donde se encuentra no la ayudan como antes.

Un ejemplo de esto se ve en la Transilvania, y sobre todo en la Hungría, donde los gitanos apenas son otra cosa que menestrales; en otro tiempo en esos mismos países ejercieron el oficio de verdugo. En los siglos XVI y XVII las cabezas de muchos magnates y muchos nobles fueron cortadas por las torpes manos de esos verdugos gitanos. *Dosa*, el célebre é infortunado rey de los aldeanos, fué colocado sobre un trono ardiente, y los gitanos forjaron sobre su cabeza una corona de hierro encendido.

Los mejores músicos gitanos están organizados en cuadrillas y son pagados por los pueblos y aldeas; descuellan en la ejecución de los aires húngaros, y son los verdaderos músicos populares de la Hungría. Listz, el ilustre pianista húngaro, se complace en reunirlos para que ejecuten sus composiciones húngaras. Existe una expresión á la vez tan triste y tan enérgica en las variaciones del modo musical, que se siente uno arrasado á pesar suyo á las vivas impresiones que excita esa música.

Los húngaros, muy aficionados á ella, dicen que es la música primitiva de los magyares. Algunos de estos gitanos tocan con talento. Sus instrumentos son el violín, el alto, el clarinete, el contrabajo, y ante todo los timbales, que no son los que nosotros conocemos, sino una especie de guitarra grande guarnecida de una innumerable cantidad de cuerdas que tocan por medio de dos varillas y produce un conjunto de sonidos que forma la base de toda música húngara ejecutada por los gitanos.

Nos prometemos haber dado de la Hungría una idea tan general como es posible darla en un artículo de periódico; al terminar no podemos dispensarnos de llenar un deber, que es el de dar gracias á los húngaros por la generosa hospitalidad que nos han dispensado siempre cuando hemos visitado su territorio.

H. M.

Revista de Paris.

La Ristori ha terminado sus representaciones en el Teatro Italiano llamando este año la atención con una producción nueva en Paris, *Isabel de Inglaterra*, drama histórico en cinco actos del señor Paolo Giacometti. Grandes han sido los aplausos que ha recibido la célebre trágica extranjera en el desempeño de este difícil papel que personifica un tipo histórico bien conocido por su hipocresía y su soberbia. El señor Giacometti ha recargado un poco el cuadro, y la famosa reina Isabel de los ingleses es en su drama una mujer odiosa bajo todos conceptos.

No se puede imaginar lo que es la Ristori en esta obra. — En el primer acto se muestra adulada por toda su corte; estas bajas lisonjas la disgustan, y se burla de sus cortesanos; en su corazón se despierta ya la llama fatal para ella y para el hombre que la provoca, pero se domina y sabe ocultarla.

En el segundo, después de tratar con altanería al embajador de España, se queda sola con el conde de Essex, y le incita a una declaración que toma en seguida como una ofensa. Su corazón rebosa de júbilo, sus ojos chispean de contento, y sin embargo ordena al conde que se levante, y le dice que en lo sucesivo se muestre más comedido y respetuoso.

Cuando firma la sentencia de María Estuarda y cuando recibe la noticia de su ejecución, es preciso ver cómo se esfuerza en manifestar sentimientos de conmiseración al mismo tiempo que su alma se dilata en el placer que le causa aquella venganza satisfecha.

El embajador de España declara la guerra a la Inglaterra con una altanería que no es impropia de un enviado de Felipe II y de la nación más poderosa entonces del universo, que se muestra agraviada con las hostilidades declaradas y ocultas de la Gran Bretaña. La reina acepta el desafío, y en medio de sus llores atónitos de sorpresa, coge una espada, y agrupando en su derredor a todos los personajes de su corte, jura hacer una guerra de exterminio y parece que saborea ya su triunfo.

En el tercer acto se celebra la derrota de aquella poderosa armada de ciento treinta navíos «que ocupaba siete millas de largo», y que ha sido vencida más por los elementos que por los esfuerzos de los ingleses. La reina distribuye recompensas a sus servidores; pero uno solo, el conde de Essex, justamente el principal de todos, el que ha festejado la Inglaterra como su primer héroe, se halla excluido de sus favores. Isabel sabe que ama a otra, y le degrada sentada en su trono y a la vista de toda su corte.

Mas esto no es bastante aun; la rabia la devora, y en el acceso de su locura arroja su pañuelo al rostro del conde, que viéndose ultrajado así, da también rienda suelta a su cólera, insulta a su reina, echa mano a la espada amenazándola, y se desata en injurias contra la que llama la vestal de Occidente.

Esta es una escena capital, toda ella de iras y furoras; María Jeróni en el papel de conde de Essex secunda con vigor a su compatriota.

El acto cuarto está consagrado a las alternativas de delirio y de angustia de la mujer que ama; pero no hay remedio: tan grave desacato como el que ha cometido el conde de Essex no puede menos de castigarse con la muerte. Además, ¿porqué no implora su perdón? ¿Porqué no la dice una palabra, una nada más, y salvará su vida, sus títulos, sus dignidades, sus honores?

Pero no; el conde de Essex quiere morir antes que decir esa palabra: Isabel firma su sentencia, y un momento después el cañón de la torre de Londres anuncia que se ha hecho justicia.

El último acto es sin duda el más terrible; todo él es la agonía de la reina decrepita, medio loca, que recuerda a veces sus crímenes, y que espita atormentada por los remordimientos. No hay palabras que puedan pintar esta muerte tan prolongada, tan desesperada, tan horrible. Mientras dura este espantoso cuadro, la Ristori mantiene al público palpitante de emoción en las peripecias de su agonía. Es seguramente un portentoso de ejecución a que no ha llegado jamás ninguna artista.

Debemos decir que los trajes de la Ristori en esta pieza son exactísimos; bástenos indicar que han sido muy admirados en Inglaterra, y que los periódicos de Londres, después de tributar a la Ristori los mayores elogios por la verdad y minuciosa exactitud con que ha caracterizado en esta pieza a su reina Isabel, la felicitan por la elección de sus trajes que completan maravillosamente el colorido histórico.

En el Teatro Lírico se acaba de poner en escena una ópera de Beethoven, el *Fidelio*, que hace algunos años se dió en el Teatro Italiano, con poco éxito a la verdad, sea porque los cantantes no hubieran comprendido suficientemente esta música de difícil ejecución, ó porque el público de este teatro, acostumbrado a las fáciles melodías italianas, no se manifestara dispuesto a oír con igual agrado las altas combinaciones armónicas del gran sinfonista de los alemanes. La prueba actual ha producido mejor resultado. El público aplaudió desde la primera representación las bellezas de primer orden de esta partitura, y el éxito se consolida más y más cada noche.

El argumento de esta ópera es muy sombrío. — Un inocente, víctima de un enemigo poderoso, es encarcelado contra toda justicia. Su mujer se disfraza de hombre bajo el nombre de Fidelio, y logra entrar de sirviente en la cárcel; de este modo puede penetrar hasta su marido, a quien arranca al frío, al hambre y a la muerte. Su enemigo estaba resuelto a hacerle perecer, pero Fidelio burla sus infucos planes.

En la traducción del libreto alemán hecha por los señores Barbier y Carré, la escena pasa en Italia; el preso es el duque Juan Galeas, encerrado en el castillo de Pavía por su tío Ludovico el Moro, y Fidelio es Isabel de Aragón.

El libreto tiene pocas situaciones interesantes en los dos

primeros actos, y la música se resiente sin duda de esta falta: no obstante, se deben citar el aria de Marcelina y las súplicas del carcelero muy aplaudidas por el público.

Pero en cambio el último acto es en realidad una obra maestra. Apenas se alza el telón y se ve al preso encadenado en su calabozo, no puede uno menos de conmoverse y entusiasmarse por el interés de la acción y por la expresión musical que raya en lo sublime. La romanza del preso es admirable, y el tenor Guardi la canta perfectamente. El duo del carcelero y de Fidelio, ocupados en abrirle al preso su sepultura, es patético y desgarrador; por último el terceto entre Juan Galeas, Fidelio y el carcelero Rocco es, digámoslo así, la pieza capital de la ópera. Oyendo este terceto se comprende la reputación que tiene el *Fidelio* en Alemania, donde se escucha con el respeto y la solemnidad que inspiran el nombre de Beethoven. — La Viardot desempeña con lucimiento el papel de Fidelio, aunque está escrito para soprano, y por consiguiente es un poco alto para ella; y Battaille canta con inteligencia la parte del carcelero Rocco. Los demás artistas contribuyen según sus facultades al buen éxito de la obra, que juzgamos figurará durante mucho tiempo en los carteles del Teatro Lírico.

Hace unos días está llamando la atención en Paris un libro escrito por M. J. Noriac, y que se titula *Bêtise humaine*.

Esta producción no es únicamente la historia de un personaje imaginario con la relación de sus viajes, de sus amores y de sus infortunios; sino que es un libro de un interés más elevado; es como un cuento filosófico en que se oculta bajo una forma divertida una crítica minuciosa de la sociedad.

Eusebio Martín, nacido en una provincia francesa de un padre honrado pero muy escéptico, es un hijo de la naturaleza; casi el hombre salvaje de J. J. Rousseau.

Su padre, temiendo darle ideas falsas, no le ha dado absolutamente ninguna idea; le ha dejado vivir hasta los veinte años a su libre albedrío, sin tratar de introducir en su espíritu la más ligera noción sobre ninguna cosa.

El motivo es este:

«M. Martín no era un hombre malvado, ni un necio; pero era sí la duda personificada. Desde hacia cuarenta años (y tenía sesenta), todos los sucesos de su vida habían engañado sus previsiones.

Cuando debió casarse, tuvo que elegir entre dos primas, ambas muy bien educadas y de una belleza igual, y se decidió por aquella que le era menos simpática en atención a que disfrutaba de mejor salud que su hermana.

Nueve años después murió la mujer robusta, y su hermana endeble y delicada vivía todavía.

Martín fué medio arruinado por un amigo de la infancia por quien habría dado su vida.

Una vez que estaba ausente se prendió fuego una de sus granjas, y el incendio se iba a comunicar a su propia morada si un hombre, arriesgando su vida, no hubiese cortado la teñumbre contigua a las construcciones.

Este hombre era Manuel Reigaud, su único enemigo.»

En setiembre de 1831 viene a Paris y se encuentra en las Tullerías con un anciano muy afable, que entabla conversación con él, y que la muchedumbre no tarda en saludar con los gritos mil veces repetidos de — ¡viva el rey!

Martín se dice para sí:

— ¡Hé aquí un gran rey y un buen pueblo!

Diez y siete años más tarde vuelve a Paris, y ve la muchedumbre apiñada y gritando en las verjas del palacio de Tullerías.

— ¡Qué pueblo tan bueno! exclama; ¡y cuánto quiere a su soberano!

Un momento después distingue al anciano de 1831 que vestido con una blusa azul sube precipitadamente a un coche de alquiler.

Detrás corren hombres gritando con voz desahogada:

— ¡El tunante se escapa!

— No tardarán en cogerle.

— Ni en darle el castigo que ha merecido.

Y otras lindezas de este jaez.

Martín murmura tristemente:

— ¡Pobre rey! ¡Pobre pueblo!

Y de regreso en su aldea cae en el escepticismo más incurable; no sabiendo cómo educar a su hijo, no le da educación ninguna.

Sin embargo, cuando Eusebio llegó a su mayoría, le puso en la mano cincuenta billetes de mil francos, le mostró el camino de Paris y le dijo:

— Anda a estudiar el mundo y trata de distinguir lo verdadero de lo falso, cosa que yo no he sabido hacer.

Eusebio parte, y apenas ha perdido de vista el techo paterno, cuando su inocencia tropieza con todas las preocupaciones, con todos los abusos, con todas las tiranías de las costumbres sociales; su buen juicio entra en lucha contra la *bêtise humaine*, y todas sus aventuras están contadas con mucho chiste.

En suma, la obra del joven escritor M. J. Noriac merece la boga que alcanza en la actualidad; es un libro tan bien pensado como bien escrito.

MARIANO URRABIETA.

A Julieta.

Ornan tu frente serena
Sedosos y negros rizos;
Son, mi bella nazarena,
Corona de tus hechizos.
Sobre una pálida faz
Que diera a la luna enojos,
Mensajeros de la paz,
Brillan hermosos tus ojos.

Tus ojos, niña que admiro
Porque son del sol destellos;
Por eso cuando los miro
¡Ay! temo quemarme en ellos.

Y en su fuego me abrasara
Cautivo de su altivez,
Si luego no contemplara
La frescura de tu tez.

La nítida rosa brilla
De la luna al resplandor;
Luce tu nivea megilla
De tus ojos al fulgor.

De esos tus ojos que admiro
Porque son del sol destellos;
Por eso cuando los miro
¡Ay! temo quemarme en ellos.

Si son los ojos, mujer,
Espejo del corazón,
¡Ay! tu alma debe ser
Tan bella como ellos son.

EDUARDO GALLUZO.

Versos escritos sin la letra A.

El cielo se cubre de negros crespones;
En el Occidente escóndese el sol;
El viento produce mil hórridos sonos,
Y siento en mi pecho crecer mi dolor.

¡Oh! Yo no diviso ni un solo lucero,
Y todo es oscuro, tristísimo, sí;
Oscuro es mi pobre y estrecho sendero,
Y lóbrego, oscuro mi cruel porvenir.

No puedo en el libro leer del destino,
No es eso posible, posible no es, no;
Yo siempre en el mundo seré peregrino
Sin luz que me guíe, sin norte, sin sol.

Prorumpo en gemidos en medio mis duelos,
Y no oye ninguno doliente mi voz;
Son sordos los hombres, son sordos los cielos:
¡Oh! ¡Pobre del triste que solo lloró!

Sí, solo yo lloro, que solo en el mundo,
Como en un desierto, solo me encontré;
Por eso es mi duelo terrible y profundo,
Por eso es que bebo torrentes de hiel.

¿El bien dónde existe, que yo en mi delirio
Soñé, lleno el pecho de dulce ilusión?
Voló como el dulce perfume de un lirio,
Y mis ilusiones murieron en flor.

Por eso mi pecho yo hoy siento sombrío,
Y no como un tiempo feliz se sintió.
Crudo es mi tormento, mi duelo es impío:
Vivir yo no quiero: morir es mejor.

Señor, tú que vives por siempre en el cielo,
Que hiciste este globo, que hiciste otros mil,
¿Porqué yo no encuentro reposo en el suelo?
¡Oh! Dime, ¿qué crimen, Señor, cometí?

¡Oh! Dímelo, justo, benigno Dios mío,
Tú que eres del orbe el Dueño y el Rey,
El Dios en quien, fervido, siempre confío,
El Ser que venero con todo mi ser.

Yo en tí solo creo y en tí solo espero,
Y fijo mis ojos llorosos en tí,
Que si oyes mi lloro, mi ruego sincero,
Poner en mis ruegos bien puedes un fin.

¡Oh! Ponlo, Dios mío, tú, oh Dios, que moriste
Por todos los hombres gozoso en la cruz;
Remedio del pobre, consuelo del triste,
Que vives oculto del cielo en el tul.

Tú, oh Dios, que los mundos inmensos diriges
Desde ese tu trono de oro y rubí,
Que nuestros destinos escribes y riges,
Que ciñes tu frente con luces sin fin.

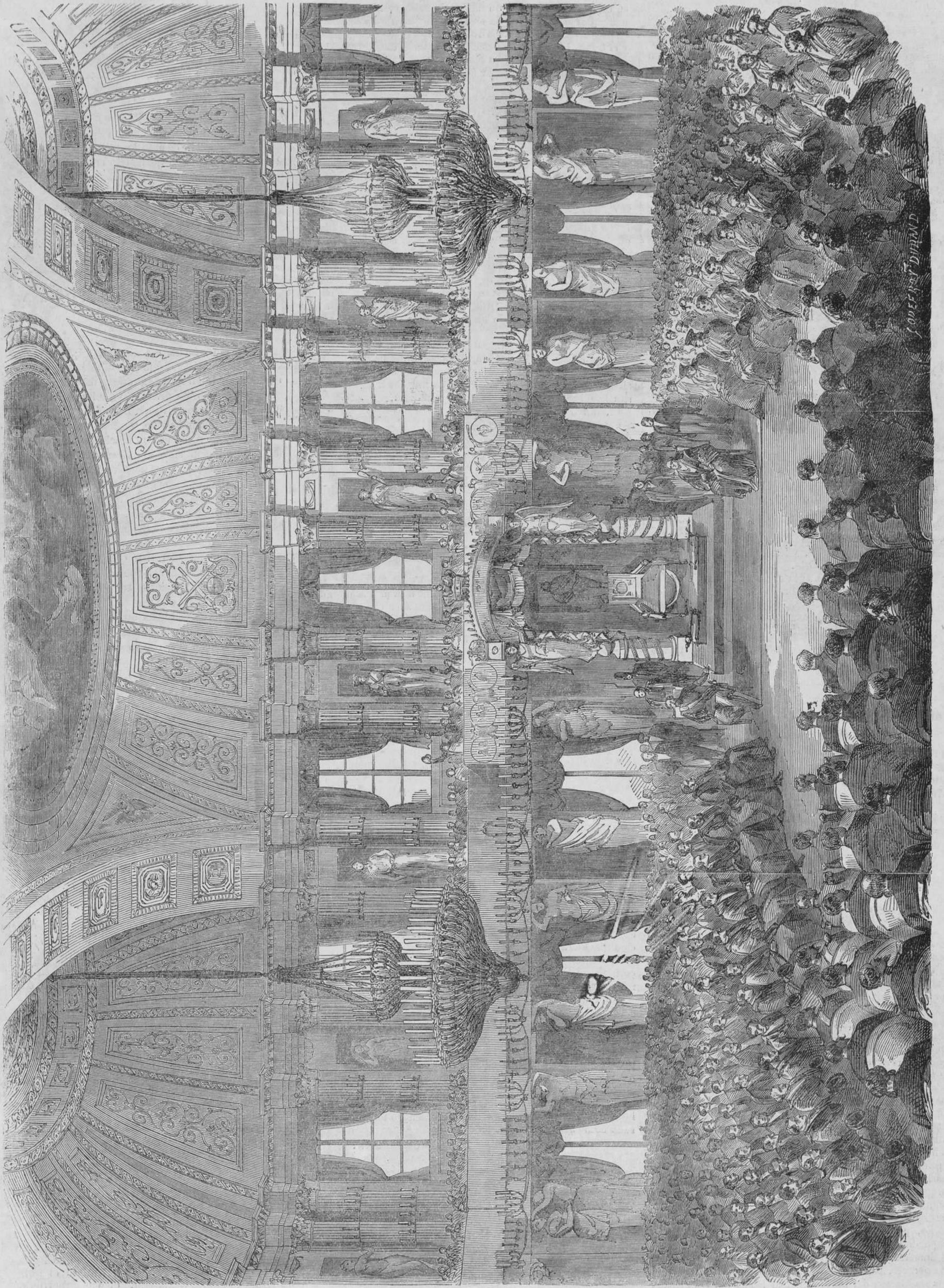
Sí, ponlo, Dios mío, Señor poderoso,
En mis sufrimientos un término pon;
Y si es mi destino vivir sin reposo,
Vivir yo no quiero: morir es mejor.

T. M. FEUILLET.

Instalación del tribunal de casación en Milan.

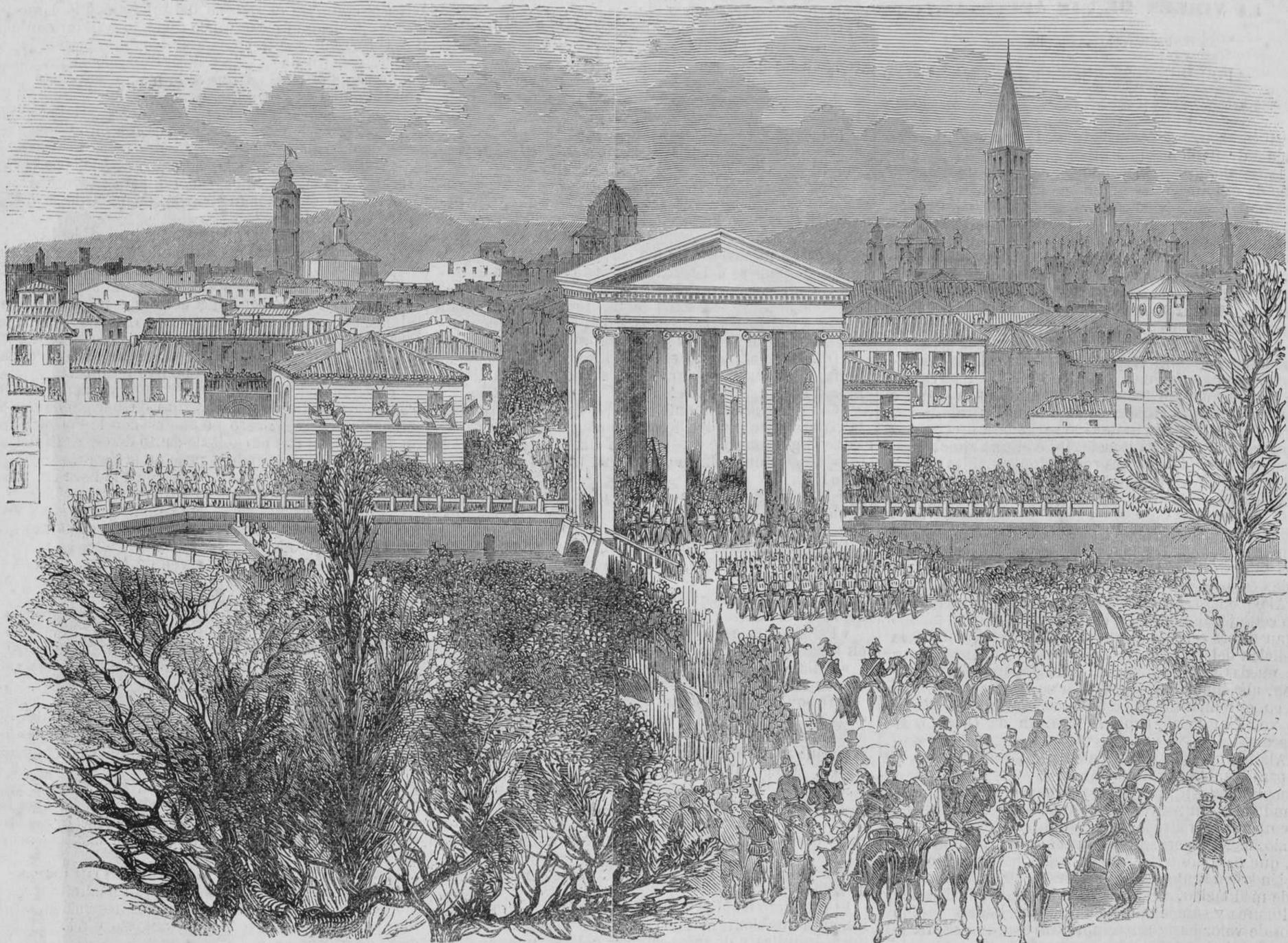
Acaba de hacerse en Milan la instalación del tribunal de casación en la sala de las Cariátidas del palacio real, bajo la presidencia del conde Federico Sclopis, senador y comisario extraordinario, que leyó un discurso al que respondió el baron Manno, primer presidente del susodicho tribunal. Entre los personajes distinguidos que asistían a esta ceremonia, se contaban el gobernador de Milan Massimo d'Azeglio, el vicegobernador, siete generales del ejército de Italia y siete *Monsignori* de la catedral. Las tribunas superiores estaban ocupadas por señoras de la aristocracia. Esta solemnidad produjo una impresión profunda.

A. B.



INSTALACION DEL TRIBUNAL DE CASACION DE MILAN.

COPIA DE DERRAND



ENTRADA DE TROPAS PIAMONTESAS EN MILAN POR LA PUERTA DEL TESINO.

El volcan de Santa Rosa en la isla de la Reunion.

La isla de la Reunion tiene un volcan que de tiempo en tiempo presenta magnificas erupciones de lavas liquidas que á veces bajan hasta el mar. Este Vesubio trasatlántico se llama el volcan de Santa Rosa. En la noche del 19 al 20 de marzo á eso de las ocho y media un espectáculo tan imponente como terrible se manifestó de repente en la cumbre de la montaña del volcan. Una densa columna de humo se alzó perpendicu-

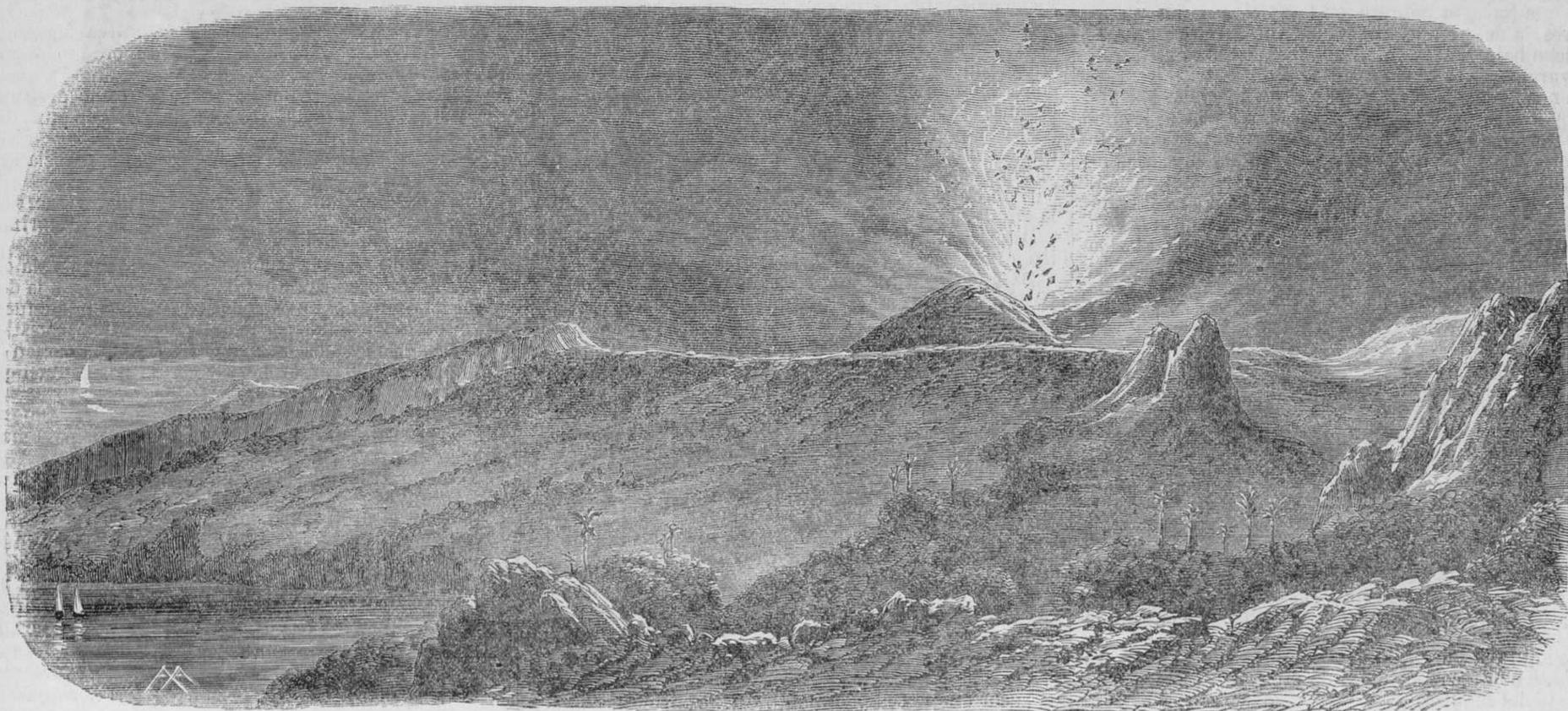
larmente en el espacio, columna que tenia mas de 100 metros de anchura por su base. Toda la masa de humo estaba iluminada con una cantidad considerable de puntos que estallaban en ramos de cohetes, lo mismo que en los fuegos artificiales. Enormes trozos de rocas incandescentes la surcaban tambien y estallaban en fragmentos luminosos con un ruido semejante al de las descargas de fusileria.

Este fenómeno solo duró algunos instantes; pero las dos nubes formadas por la erupcion se dirigieron en sentido contrario, y concluyeron por resolverse en una

lluvia de cenizas que cayó sobre todas las localidades del contorno á mas de siete leguas del radio del centro volcánico. Resulta de un cálculo hecho sobre los lugares, que una masa de unos 300 millones de kilogramos de materia ha sido expulsada casi instantáneamente por la erupcion súbita, y ha caido sobre 60,000 hectáreas de superficie de tierra y de mar, que representa como la quinta parte de la superficie total de la colonia.

Una hora despues de la erupcion la naturaleza habia recobrado su calma ordinaria.

P. P.



ERUPCION DEL VOLCAN DE SANTA-ROSA (ISLA DE LA REUNION) EN LA NOCHE DEL 19 DE MARZO DE 1860.

LA VIRGEN DE LAS AZUCENAS,

LEYENDA HISTORICA DEL SIGLO XII

POR DON JOSÉ GUELL Y RENTÉ.

(Continuacion.)

» Mi corazón, satisfecho de tu modo de reinar, y adorando entrañablemente a mi hija, se humilla y cumple la ley del que todo lo dispone y consiente desde su trono de relámpagos sembrado de estrellas.

» El me inspira estas palabras que te escribo, que son su voluntad omnipotente, por tu dicha y el bien de los muzlimes de Navarra y de todas las tierras que rodean los mares y dependen de mi imperio poderoso.

» A tu gusto y deseo, oh rey valiente de Navarra, dejo las riquezas que quieras al enlazar tu destino, que será muy venturoso, con el de esta encantadora buri del paraíso, mas hermosa que una primavera de flores.

» Y si cumples mi voluntad, por mi ley y la poderosa fuerza de mi gigante imperio, serás el amir de los fieles, rey de los cristianos y de todo ese gran territorio que besa la mar por todos lados, y que se une al resto del mundo por las altísimas montañas de Afranc.

» Y si para cumplir tu destino se hiciera preciso que mi mano empuñara la espada, iré con mis almohades, alarabes, masamudas y las razas interminables de Alkibla, a clavar mi estandarte rojo sobre las crestas de Covadonga y de Leon, y en las alturas del Moncayo.

» Y las espadas de los almorabides, alarabes, masamudas y de Almagreb, echarán los cimientos de tu trono universal de España, si la perversidad de los malditos Alfonsos se opusiera al designio de Dios y a mi noble deseo.

» Alá piadoso, derramador de la luz y principio de todo consejo, te guarde, y permita que sobre tu pueblo caigan nubes celestes de amparo y de abundancia, y la bendición del Dios de los fieles rodee tu cabeza, para que puedas ver con claridad el fin generoso de mi corazón, abriéndote los ojos y el alma, donde se embriague en el manantial inagotable de gloria y de placer que yo, Abu Jacob, amir Amuminin de Oriente, te ofrezco.

» Alá te guarde, y te cubra de paz y de grandeza, y sea para tí misericordioso.»

Concluida la lectura se prosternaron los muzlimes, besando el gran zafiro, donde venia grabada la firma del emperador, rodeada de las palabras del profeta; poniendo luego el pergamino en manos del rey Don Sancho, que bajó dos gradas de su trono para recibirlo, y volviéndose a sentar en él, despues de algunos momentos de meditacion, contestó a los jekes con voz solemne:

« Ilustres y sabios embajadores, que habeis venido llenos de valor hasta mi reino, atravesando peligrosamente las tierras defendidas por vuestros fieros enemigos: decidle al gran emperador de Africa Abu Jacob, a quien el cielo conserve muchos años, para gloria de su imperio, que acepto sus ofertas, dando por ellas gracias al Señor Dios que levanta y destruye los imperios.

» Decidle que iré a Africa a conocer el ángel de amor y de hermosura que me ofrece para mi felicidad y engrandecimiento de mi tierra generosa y valiente.»

Al acabar Don Sancho sus últimas palabras, se adelantaron los embajadores, presentando al rey las opulentas ofrendas del Miramamolín.

Jamás vieron los ojos de ningún mortal mayores rubíes, diamantes mas claros, ni perlas de mas blanquísimo mate, ni telas bordadas con mas finura, ni pieles mas extraordinarias.

Los árabes dejaron al lado del trono los ricos presentes, en cajas de zándalo y canela, y mientras los iban colocando sobre las alkatifas de cachemira, el rey ordenó que Navarra honrara, en la persona de los embajadores, la del grande emperador Abu Jacob-Jusef.

Luego bajó del trono. Los embajadores se retiraron a las arabescas salas del castillo.

La noche envolvió con sus sombras apacibles los alegres y los tristes, a los moros y a los cristianos; levantándose entre las tinieblas, como un gigante cubierto de luto, el soberbio y tenebroso castillo de Tudela, donde durante el día habia reinado la mas viva agitacion.

¡Ay! los grandes acontecimientos, los mayores arranques de la alegría, las fiestas esplendorosas no dejan en pos de sí mas que silencio y soledad; y como a la vida turbulenta del hombre sucede siempre la muerte, así acontece y es el fin de todo; de todo lo que pase en este mundo...

XVI.

Apenas se retiraron los embajadores, cuando don Teobaldo, saliendo del castillo, envuelto en su bornuz, se dirigió anheloso a la torre de los Albazares.

La luna tendia sobre sus altos minaretes su luz plateada como los ampos de la nieve, y triste como la esperanza de los infelices.

¡Su luz que consuela siempre, con misteriosa melancolía, el alma de los desgraciados!

¡Quién en la hora de sus penas no ha levantado los ojos a esa lámpara maravillosa!

¡Quién no ha suspirado a la candidez de su tímido rayo!

¡Bendito sea Dios, que sembró entre las sombras ese brillante azul, con su disco de oro y su tristeza, fria como la del sepulcro!...

¡Bendito sea Dios, que entre las nubes de la muerte

clavó esa antorcha lúgubre, así como en el reino de la vida, la luz inagotable y vivificadora del sol!...

La luna con su palidez llenaba el mundo, y Zaida, asomada a los minaretes de la torre, tiernamente mirando a los cielos, consultaba las estrellas que la rodeaban, como si hubieran remediado alguna vez las penas de los infelices; pero Zaida era mora, y para los orientales, en los astros estaba escrito el destino.

¡El destino!... que es lo único que Dios no permite conocer al hombre... ¡Es necesario vivir, sin saber por qué ni para qué!...

Vivir para morir en un horizonte de nubes que pasan sin cesar dejando de vez en cuando un punto negro en el espacio de la vida: ¡esa es la ley, ese es el destino!

Aquellos minaretes, antes cerrados de par en par, como las puertas del corazón de Zaida, estaban abiertos y alegres.

Donde antes se enredaba la tenebrosa vedra, ahora crecía el odorante jazmín de Oriente, el heliotropo delicado, la rosa de Jericó y los azahares de Alejandria.

¡Qué deliciosamente se embriagaba el aire con el perfume de las flores aromosas, regadas por la mano blanca de la triste mora!...

¡Con qué suavidad, embalsamado de esencias, juguetaba el viento con las negras trenzas de aquella cabeza de ángel, mas hermosa que la luz de la mañana, y mas dulce que la brisa suavísima de las tardes del estío!...

Zaida robaba las horas al sueño, y pensando en don Teobaldo, se embriagaba en melancólica tristeza, mirando el tibio azul de la bendita luna.

Iba a retirarse ya, cuando oyó, dulce como el eco melodioso del ruiseñor, la voz de un trovador que armonizaba.

Era don Teobaldo que decía a la noche, acompañado del arpa melodiosa, esta canción lastimera:

« Feliz el peregrino que abrasado de sed, encuentra en las arenas agua para refrescar sus secos labios.

» Feliz el naufrago, que halla en los mares una tabla en que asir sus manos fatigadas.

» Yo, que vivo peregrino y naufrago en el horizonte de la vida, no tengo mas esperanza que la de acostarme a dormir para siempre en la soledad del sepulcro.

» ¡Quién oye al infeliz que llora en medio de la noche?... ¡Quién, Dios mio?... »

— Yo, que te amo, respondió Zaida interrumpiendo el canto, dejando caer al mismo tiempo un ramo de azahares sobre la cabeza del caballero, y cerrando apresuradamente las puertas del minarete adonde estaba asomada.

Don Teobaldo besó las flores cultivadas por las manos de Zaida.

El caballero bendijo a Dios, arrobado en esa ternura inmensa que siente el espíritu cuando despues de amargas infinitas y de inconsolables dolores, una sonrisa, una lágrima ó una flor, dicen en un minuto al alma apesadumbrada lo que en muchos años de tormento ha deseado saber y preguntado inútilmente, devorada de angustia y de martirio.

¡Feliz caballero!

¡Pobre Zaida, que al cerrar el minarete halló tras sí los ojos de Abenjerard, que despedían fuego!

— Yo te amo, murmuraba el moro, repitiendo con sarcástica violencia las palabras que acababa de oír, y fijando la sangrienta vista en la frente de la mora, que con la frialdad de la muerte, impasible y serena, levantó los ojos al cielo y los clavó en tierra, sin temer la ira extraordinaria, ni la venganza del infeliz a quien habia envenenado la vida para siempre...

Abenjerard, inmóvil, apoyado en el minarete, meditabundo, devorado por aquella ingratitud infame, enfurecido por el demonio de los celos, fiero como un leon y ciego de rabia, siguió con los ojos iracundos la figura dolorosa y taciturna de la mujer que tantos años habia guardado su honor ileso; siendo la madre de sus hijos, amiga dulce y compañera que mitigando la hiel de sus dolores, en aquel momento abría entre los dos un abismo insondable...

¡Ay! aquella alma divina, cielo dulce de sus ternuras, aliento de su vida, se desprendía de su espíritu por una eternidad...

¡Pobre moro! dos veces la mano convulsiva empuñó la guma.

Dos veces la piedad aflojó el membrudo brazo, que iba a traspasar el pecho de la infeliz Zaida.

De Zaida, que entró en su lecho, dispuesta a recostar por última vez la cabeza sobre la almohada, cansada del dolor de la vida, hastiada del mundo, y aguardando la paz serena en la soledad del sepulcro.

Abenjerard, al fin, rompió en un mar de lágrimas. Las lágrimas son el consuelo que manda Dios en las horas supremas.

Cuando llora el corazón, el crimen no se comete.

Cuando la tempestad se deshace en torrentes de agua, no fulmina el cielo sus rayos, ni el viento arranca los corpulentos árboles, estremeciéndose con su furor la tierra.

Abenjerard abrió el minarete para mirar al patio de la torre; la voz del trovador ya no cantaba, ni su figura podía verse entre los pliegues espesos de la sombra.

XVII.

¡Qué horribles son los celos!...

¡Peor que la sed y el hambre!... comparables al ardor del veneno, que mata abrasando las entrañas.

La noche no tiene calma... ni el aire frescura... y la luz no alumbraba el camino del infeliz a quien asesina este martirio, el mas grande que apura la humanidad.

Al corazón que traspasa el dardo de la pérfida ingratitud, ó se queda helado y duro como el mármol, ó estalla como el vidrio a quien la piedra despedida de la onda rompe en mil pedazos.

¡Quién puede recoger el suspiro escapado del alma? ¡Quién hace retroceder las lágrimas que saltan ardiendo de los ojos?

¡Volved a los árboles las flores arrancadas por el huracán!... ¡ah, marchitas, mueren para siempre!...

Así como el honor manchado, ¡manchado se queda para siempre!...

¡Los celos son el tormento de los imposibles!...

¡El último esfuerzo del alma afligida!...

¡La despedida de una ilusión que se muere para no resucitar nunca, y que se encierra en el sepulcro.

¡Ay! ¡los celos son hijos del amor inmenso de un alma buena, que despliega sus alas doloridas, empapadas de lloro, en el espacio venenoso del desengaño!

Nacen de la ingratitud, que es la mayor perversidad del corazón humano, y no concluyen nunca.

Teniendo celos, se puede perdonar y querer con el cariño de padre, con la dulzura de hermano, con la amistad de esposo; pero no amarse con la fe dulcísima de amante, ni con el egoísmo santo de ese sentimiento inmenso, el mas grande y puro de la tierra.

Despues de probada la ingratitud en la hora del adulterio, la esperanza y la fe mueren.

La mujer que engaña al compañero de su vida y vive infiel al calor de otros amores, es como el pájaro que duerme en todos los nidos.

Las golondrinas van y vuelven de Africa, pero en su ida y en su vuelta permanecen fieles siempre a sus amores y leales a sus nidos inocentes.

La mujer que en el adulterio halla la delicia que no encuentra en la ternura de su esposo, que nubla con su impudor la alegría del hogar doméstico, y mancha la santidad del lecho conyugal con su impudicia, está maldita...

¡Dios misericordioso la perdone!...

¡Infeliz de la que precipita en el abismo de la ingratitud el sensualismo estúpido de la materia, el demonio asqueroso del interés, ó la brutal estupidez de la vanidad humana!...

Celoso y como una pantera que tiene hambre y se esconde entre las breñas y aguarda la presa, Abenjerard, meditabundo, estaba sentado en su lecho, paseando sin sosiego los ojos, saltando de sus órbitas, sobre los objetos que le rodeaban.

Tenia el libro del profeta cerrado en sus manos: a cada hora maldecía el momento de su nacimiento.

Abenjerard no dormía, porque los desgraciados hallan para su mayor tormento, angosto y frio el lugar de su descanso.

¡Quién duerme teniendo celos?

Solo el que ve asegurada su venganza, y trueca el antiguo cariño en odio fiero, puede cerrar los ojos, habiendo caído en la orfandad eterna de la viudez, que nace de la deshonra.

— ¡Maldita sea la luz de sus ojos! ¡Maldita la hora en que nació!... ¡maldito el día en que le di mi alma!... decía en sus angustias el moro, escondiendo en las entrañas la desesperacion que lo devoraba.

Y como la hiena a quien el cazador roba sus hijuelos, saltó medio desnudo del lecho.

De su corazón se habia apoderado una idea terrible. Tomó el puñal pendiente de su cabecera y la lámpara de oro que alumbraba su martirio.

Con la desastrosa idea de matar, entró silencioso en el cuarto de Zaida.

La mora dormía tranquila, como si el ángel velara su sueño.

Su frente estaba serena: sus labios entreabiertos.

No latía sobresaltado su corazón. El moro la contempló largo tiempo.

— ¡Estaré loco? se preguntaba, así como el padre que herido por la mano de su hijo, muriendo aun, duda de su crimen.

El infeliz, en medio de sus angustias, le parecia imposible la ingratitud de Zaida.

Dos veces la mano se preparó a clavar la acerada punta en el pecho de la mora: dos veces las lágrimas nublaron los ojos del fiero Abenjerard.

En aquella terrible lucha, mientras inclinaba la cabeza, mirando entre nubes de amor y de odio a la desgraciada compañera de sus días, una lágrima de fuego cayó sobre el desnudo pecho de aquella mujer celestial.

Zaida abrió los ojos apaciblemente, y fijándolos en los del moro, le dijo con dulzura y con la frialdad del que le sobra la existencia:

— ¡Pobre Abenjerard!... Déjame dormir... no me despiertes para quitarme la vida, que me pesa hace mucho tiempo... ¡hace mucho tiempo!...

Y volvió a cerrar los ojos con la tranquilidad de la resignacion.

El moro la miró aturdido.

¡Era inútil el ruego!... inútil la amenaza, inútil todo.

Abenjerard bajó la cabeza, y como si oyese la voz del ángel, y fuera aquel mandato del profeta, arrojó el agudo puñal y se apartó del lecho anegado en lágrimas...

XVIII.

Tres días duraron las justas y torneos, las músicas y

zambros. Después de tanto júbilo, el rey despedía á los embajadores con una suntuosa fiesta en el salón gótico de su castillo de Tudela.

El sol se había escondido en el horizonte; la noche cubría el cielo y la tierra; apenas descendió la sombra, cuando las extendidas murallas de la ciudad y las cien almenas del fuerte, y las ogivas y ajimeces del palacio se coronaron de guirnalda de luces; parecía el castillo un jardín de estrellas y el palacio un mar de flores.

Millares de vasijas iluminadas, suspendidas en los treinta arcos ogivales del gran salón, y multitud de antorchas, simétricamente colocadas entre almena y almena por toda la muralla que daba al río, hacían de aquel tenebroso recinto un foco de luz esplendorosa.

Alfombraban las entradas del suntuoso palacio ricos tejidos de Granada; adornando las paredes de pórfidos y mármol, tapices color de grana bordados de plata y pedería.

Subíase al salón principal por una ancha escalera gótica, trabajada por un árabe de Córdoba, que había convertido con su cincel la piedra en finísimo encaje, rodeando los descansos de grecas y figuras, tan caprichosamente trabajadas, que jamás las soñó iguales la humana inteligencia.

Cien lámparas decoraban el techo partido en mil triángulos de colores, y después de cruzar el gran vestíbulo, diez salas árabes y góticas, entrelazadas con admirable severidad arquitectónica y tapizadas de ramajes olorosos, componían el cuerpo principal del palacio de Tudela.

¿Cuándo ni en qué lugar levantaron los árabes nada más opulento ni más divino?... ¡Dichoso tú, Bem Jafariz Gehwar, que fabricaste obra tan admirable!...

Daban luz y frescura á la gran sala, donde recibía el rey, diez anchas ogivas, compuestas de tres arcos cada una, entrelazadas con delicadeza corintia, por finísimos perfiles, rematados en guirnalda de pámpanos, yedras y cardos, tan sutilmente trabajados, que temían los ojos pudiera el aire arrancarlas de las admirables ogivas.

Sostenían el muy elevado techo treinta y dos pilares góticos esbeltos, de severa construcción y de cuyos remates arrancaban cuatro tirantes que se enlazaban entre sí, formando arcos agudos, donde estaban inmortalizadas con caracteres árabes las conquistas de Taric, la toma de las campanas de Santiago por Almanzor, y su conducción en hombros de cristianos hasta la mezquita de Córdoba.

Por todas partes brotaba la luz colocada en pebeteros de oro y en lámparas egipcias de pórfido y malaquita.

Las guirnalda de flores, las tapicerías, las suaves esencias, los melodiosos acordes de cien arpas eolias y los ojos divinos de las vírgenes más hermosas de Navarra, convertían aquel renombrado palacio en delicioso paraíso.

En medio del salón, en su magnífico sitio de nácares y oro, estaba sentado el noble rey Don Sancho, vestido de seda bordada de perlas, sosteniendo sobre las sienes la corona de sus abuelos y empuñando con la diestra el cetro de esmeraldas, presente de su buen hermano el rey Ricardo de Inglaterra.

A su lado, sobre otomanas de seda azul, estaban colocados los embajadores moros, y más allá don García, el obispo de Pamplona, don Frotardo, el canciller, Abenjerard, Benjamin, los alfaquíes y almudies de la ciudad y muchos condes y caballeros muy principales de Navarra.

A su derecha, sobre pieles de armiño, se sentaban Zaida la mora, Elide la judía y otras hermosísimas damas.

La música llenó el espacio; el baile comenzó, entreándose las jóvenes á las zambros y los caballeros á la galantería.

Don Sancho hablaba afectuosa y muy alegremente á los embajadores, que miraban con ojos de fuego la gentileza de las doncellas cristianas.

Todo era placer y movimiento.

Solo Zaida, coronada de estrellas de diamantes, vestida de brocado de perlas, con la sonrisa amarga del dolor, engañaba los ojos que la miraban asombrados de su hermosura.

Elide, á su lado, pensativa, sembradas las rubias trenzas de sus cabellos de blancas tuberosas, como un ramo de lirios que se abre á la orilla del río, llena de ansiedad paseaba sus ojos por el salón buscando lo que allí no encontraba.

Meditabundo Benjamin, apoyaba la frente sobre la mano derecha, oyendo los ahogados suspiros de Abenjerard, que pálido como la muerte, fijaba sus ojos sobre la desgraciada Zaida.

¿Quién hubiera adivinado nunca el infierno de penas en que se devoraban aquellas cuatro almas desventuradas, que permanecían melancólicas y lúgubres, á pesar de la serenidad y placer que inútilmente querían aparentar!...

¿Quién hubiera creído nunca que Elide, á los diez y ocho años tenía desgarrado el corazón?

¿Que la virtuosa Zaida estaba consumida del sufrimiento?

¿Que las sonrisas de Benjamin eran de pesadumbre?

¿Y que el rico Abenjerard, favorito de Don Sancho, maldecía á cada hora el momento de su nacimiento?... Para ennegrecer este cuadro, entró en el salón el caballero don Teobaldo, taciturno como siempre, en cuya frente se marcaba con palidez misteriosa la desesperada angustia.

Pronto sus ojos se fijaron en Zaida, que inclinó al suelo su cabeza llena de turbación; mientras que Elide, con la infantil inocencia del alma, lo saludaba llena

de enternecimiento con los ojos embriagados en dulce alegría.

Los celos sacaron de su frialdad aparente á la cautelosa mora, que tendió sobre don Teobaldo sus ojos negros llenos de sentimiento, con una de esas miradas sublimes, que son un mundo de inteligencia y de amores.

Abenjerard y Benjamin, abstraídos en su meditación, no habían reparado en la entrada del caballero, que se sentó cerca del rey, delante de los embajadores.

Había cesado la zambra y las damas descansaban del baile, cuando Don Sancho hizo traer el arpa de oro y mandó á don Teobaldo que cantara.

El trovador preludió tres veces:

« Estoy frente de tí, dijo cantando, como si estuviera delante de Dios.

» Mirame con tus ojos negros, como mi dolor tirano.

» Dime que me amas, y aunque venga la muerte aguardaré tranquilo.

» ¡Qué le importa la noche eterna al que tiene flores inmortales que encerrar con su corazón en el sepulcro!...

* » La muerte es triste para los dichosos.

» Para tí y para mí, separados por un abismo, es un consuelo.

» ¡Ay!... cuando cerremos los ojos á la luz se reunirán nuestras almas en el paraíso por una eternidad. »

Zaida oía el canto con los ojos nublados por el llanto. La pobre mora apretaba con sus manos el corazón, queriendo ahogar en él su horrible martirio; pero vencida de la pena lanzó un suspiro desgarrador, inundando sus pálidas mejillas en lágrimas de fuego, mientras el rey, los embajadores y la gran concurrencia suspensa y conmovida con el canto del trovador, rompía en frenéticos aplausos.

Abenjerard clavaba sus miradas inquietas en la frente de Zaida, que sin acordarse de lo que la rodeaba, dormía sus ojos enamorados en los ojos melancólicos de don Teobaldo.

Abenjerard se acercó á Zaida ciego de furor.

— ¡Salgamos, pérfida!... le dijo con acento terrible;

¡este lugar me ahoga! ¡Salgamos!...

La mora sintió el hielo de la muerte; fijó por última vez los ojos extasiados en don Teobaldo, y se alejó del salón siguiendo al moro sin responder una palabra.

Elide temblando se reunió á Benjamin, que observaba inmóvil los fieros movimientos de Abenjerard.

Don Teobaldo, comprendiendo la angustia de Zaida y el peligro que la amenazaba, rompió en un arpegio las cuerdas de la lira... y paró el lastimoso canto.

Los embajadores se despidieron del rey. Los convidados dejaron el palacio, que á los pocos momentos volvió á sepultarse en su habitual tristeza.

XIX.

Asomando la mañana entraron en la torre de los Albazares Abenjerard y Zaida, la desgraciada, sin haber desplegado ni el uno ni el otro los labios en todo el camino.

A veces arrancaba de las entrañas del moro un suspiro seco, como el rugido de la pantera.

Zaida no respiraba, siguiéndolo taciturna y silenciosa.

Abenjerard penetró en su sala árabe y la mora en su rico aposento.

Aquellas dos criaturas, separadas para siempre, se encerraron en su soledad sin prorumpir un lamento; así como deben encontrarse y seguirse silenciosas las almas en el camino desierto de la eternidad, para encerrarse luego, sin prorumpir un lamento, en el lugar misterioso de su destino.

Durante aquel día el moro no probó el alimento.

A los labios de Zaida no llegó una gota de agua.

Como la tormenta se enclava en el límite nebuloso del horizonte, para venir, arrastrada por los vientos, á deshacerse en medio del espacio; así el odio, la venganza, la ingratitud, el desprecio y la frialdad habían amontonado sus nubes oscuras en aquellas dos existencias, que habían de encontrarse al fin, para en el choque caer deshechas y sin esperanza en el fondo del sepulcro.

XX.

La noche cubría el mundo cuando se cerraron las puertas de la torre de los Albazares.

Por la estrecha salida del jardín, rápida como una flecha desprendida del arco, salió una mujer envuelta en su negro manto.

Atravesó la plaza y las estrechas calles del barrio de los cristianos, y se detuvo por fin delante de la puerta del caballero don Teobaldo.

Su débil mano sacudió temblorosa la maciza argolla de hierro. Un page armado abrió el estrecho cancel.

La mujer, sin desplegar los labios, subió la escalera y entró por las desconocidas salas que halló abiertas delante de sí.

Estaba sentado don Teobaldo frente de la ancha mesa en que contemplaba sus armas, sosteniendo entre sus manos la abatida cabeza.

Lo sorprendió el gemido de aquella mujer infeliz envuelta en su manto negro.

Apenas tuvo tiempo de levantarse, cuando Zaida cayó en sus brazos anegada en lágrimas y fría como el hielo.

— ¡Tú aquí, ángel de mi vida! exclamó aturdido,

sosteniendo en sus brazos la desmayada mora y cubriendo su frente de amorosos besos.

¡Qué hermosa estaba aquella mujer sublime! ¡Conducida allí por el violento huracán de las pasiones; poseída del terror de la deshonra: amante con la locura de los celos, y agitada por el miedo, así como la corza que huye en medio de los montes perseguida por la violenta carrera de los alanos!

Mucho tiempo estuvo la infeliz fuera de conocimiento en los brazos de don Teobaldo, que la miraba lleno de celestial ternura y como si estuviera delante de Dios.

Zaida volvió en sí: de vergüenza se estremecieron sus entrañas.

— ¡Dios me valga y me perdone! dijo entonces deshecha en lágrimas.

« Don Teobaldo, te amo; exclamó ahogada en sollozos y abriendo asustados sus ojos, inyectados de sangre, á los que el dolor daba una ternura desgarradora.

» Si; te amo, ¡alma del alma mía! y para unirme contigo para siempre. »

Don Teobaldo la oía conmovido de placer y de sorpresa.

— Sí, continuó la mora. Mi vida, toda mi vida, mi alma, toda mi alma es tuya, toda tuya, porque te amo, ángel mio, para despertar con tu imagen, lejos de este mundo de tormentos y de lágrimas.

« ¡Ay!... ¡mis hijos! ¡mis hijos! dijo fijando los ojos, sombríos por el delirio, en el cielo cubierto de estrellas.

» Siento aquí, continuó apretando las manos del caballero contra su corazón, fuego, fuego que me abrasa y que acabará muy pronto con mi vida... »

La agitación dobló su cabeza.

Por unos momentos estuvo como descoyuntada; pero volviendo á tomar fuerzas, continuó, uniéndose con angustiosa ansiedad sus labios como el hielo á los labios abrasados de don Teobaldo:

— ¡Adios, adios para siempre!

Sus ojos estaban inmóviles, mientras sus manos estrechaban como una mártir la cabeza del caballero, que tenía erizados los cabellos y lleno de espanto el corazón.

La palidez de Zaida, sus lágrimas y el frío glacial de su cárdena boca anunciaban en aquellos supremos momentos terrible desastre.

— ¡Zaida, le dijo don Teobaldo, tus palabras y tus lágrimas me parten el alma! ten compasión del dolor que me mata... sosiega tu espíritu; no llores, ángel de mi vida; no llores, porque te amo; te amo con toda mi alma...

— Gracias, Teobaldo, gracias, dijo la infeliz, sonriendo con amargura y cubriendo de besos la frente del caballero. Ensalzado sea Dios misericordioso, que me ha permitido respirar tu aliento en la última hora de mi vida.

» ¡Ensalzado sea Dios! exclamó anegada en lloro. »

— ¡Zaida! dijo espantado el caballero, mirándola afligido y estrechándola entre sus brazos: ¿qué sucede? ¿qué tienes? ¿qué frialdad hiela tu frente divina?...

Por largo rato, los dos amantes infelices respiraron el mismo aliento.

(Se continuará.)

Paseos artísticos por Roma.

E. MEYER, L. SCHWEINFURT, MAX MICHAEL, L. TERRY, OTTO BRANDT.

No sin razón los artistas prefieren la residencia de Roma á la de todas las demás capitales europeas. Roma les ofrece dos escuelas que no tienen rival, los museos y el país. En los museos encuentran una colección incomparable de obras maestras antiguas; en las calles, en las plazas, en la campiña de Roma encuentran fisonomías, tipos y escenas de un carácter original y poético. No se puede dar un paso en el barrio antiguo de Roma sin distinguir un grupo pintoresco, un episodio interesante de la vida doméstica ó civil de los romanos. Vamos, verbigracia, *all'arco dei Pantani* (así se llama una puerta del recinto de Augusto); detengámonos en esa plazoleta irregular dominada á un lado por una torre de la edad media que llaman impropriamente la *torre de Neron*, y al otro por el pórtico subsistente aun del templo de *Marte Ultor*, elevado por el emperador Neron en alusión á sus victorias sobre los germanos, y observemos el espectáculo que se ofrece á nuestros ojos. Aquí un *frittaiuolo*, con su sarten humeante de la que saca con una espumadera toda clase de carnes fritas que distribuye entre sus numerosos parroquianos de toda edad y sexo; mas allá un carro con tiro de magníficos búfalos que miran á los transeúntes con un aire soberbio y desdenoso, en tanto que su conductor está vaciando un frasco en la *osteria*; mas allá una familia de aldeanos que reza sus oraciones ante una imagen de la Virgen incrustada en la pared y rodeada de ofrendas; por último, al pié de una columna de orden jónico, una mesa ante la cual está sentado un anciano con el cabello rizado, los ojos hundidos pero chispeantes, un enorme sombrero, un casaca tan ancho que sus brazos bailan dentro de las mangas, y unos calzones atados con correas sobre las rodillas que completan su traje. Este anciano de tiempo en tiempo lleva la mano á una botella, que no es por cierto la botella de la tinta, pues derrama su contenido en su garganta. Mientras llegan parroquianos está cortando plumas. El parroquiano no tardará en venir; hé aquí la hora

en que Sabinia va al mercado; su amante ha tenido que habérselas con los carabineros y se ha retirado á las montañas por el lado de Sezza. Sabinia quiere anunciarle que cuenta arreglar su causa por medio del señor cura, y para esto se dirige al memorialista, que al punto emprende la redaccion del importante mensaje. Sabinia querría dar una cita á Tonio, pero no sabe dónde. El viejo escucha, y examina sus anteojos mientras ella se resuelve.

Trascurren algunos dias; Sabinia ha recibido por el ordinario la respuesta de Tonio. Dice que está en buena salud y señala un lugar donde podrán verse sin peligro. El memorialista lee esta carta con un tono gongoso, estropeando las sílabas y deteniéndose sin cesar; pero Sabinia comprende á media palabra. Concluida la lectura corre á dar gracias á la Madona por el



LA RECOLECCION CERCA DE ALBANO. — Cuadro por M. Schweinfurt.

tos personajes se disputan los graciosos cuadros que nacen bajo ese fácil pincel como las flores bajo el soplo de la primavera.

Los Frailes en visperas que reproducimos aquí son una de sus páginas mas felices; se ve que están embobados en lo que hacen; cantan con toda la fuerza de sus pulmones. Están bien puestos, bien modelados; el tono del colorido es vigoroso; en suma, todo el cuadro está tocado de mano maestra.

— ¡Ah! tunantes, jah! ladronzuelos. Van á acabar con mi morera. El mayor puede tener diez años y es el jefe de la cuadrilla; él ha escalado la pared de mi huerta para alcanzar las moras; él las coge y las distribuye entre sus hermanos y sus hermanas, ladrones y ladronas en ciernes... ¡Ahora vais á ver, tunantes!

Así habla un pobre labrador que ha visto á los muchachos y que se dispone

al campo y al mar. Representa los juegos ó las faenas de los aldeanos romanos y napolitanos: la recoleccion, la vendimia, una eacería, una fiesta; aquí unos carabineros escoltando un carro de presos; allí unos frailes que leen su breviario á la orilla de un claro arroyuelo y á la sombra de los árboles; mas lejos unos marineros napolitanos que bailan la tarántula al son del bandolin ó de la pandereta, ó labradores que oyen misa al aire libre delante de un altar rústico, ó ganados que en la hora de los grandes calores descansan á la fresca sombra de los árboles.

Los cuadros de Schweinfurt son muy buscados aun en Francia. Este artista ha viajado mucho; ha recorrido toda la Italia, la Dalmacia y la Turquía y ha pasado algunos meses en Scutari. En 1833 llegó á Roma, y desde entonces se consagró exclusivamente al estudio de las costumbres italianas. Sus cuadros se distinguen por la gracia de la composicion y sobre todo por la delicadeza del colorido.

La nacion judía tiene dos aptitudes bien pronunciadas y muy opuestas: el genio de las cifras y el talento musical. En el fondo estas dos cualidades tienen mas afinidad de lo que podria creerse; la música es un cálculo, basado en los números como la hacienda. Varios de los principales compositores de nuestro tiempo son israelitas, como Meyerbeer, Mendelssohn y Halevy, sin hablar de una porcion de ejecutantes muy distinguidos. Los pintores escasean mas; sin embargo, puedo citar tres, de los cuales uno vive en Dresde, Rendemann, y dos en Roma, Brandon y Max Michael.

Max Michael nació en Hamburgo, pero ha estudiado en Paris con Lehmann y Couture. Se distingue en sus escenas de interior. Muchos al-



EL MEMORIALISTA. — Cuadro por M. E. Meyer.

cumplimiento de sus votos, y no dejará de jugar á la lotería sobre la fecha de ese día afortunado. El amor es tambien una lotería, de modo que la pobre muchacha prueba fortuna por ambos lados á la vez.

Los dos episodios que acabo de señalar, un pintor de Altona, Ernesto Meyer los ha representado en dos bonitos cuadros, que no son mas que dos páginas de su rico repertorio de escenas populares italianas. Se ven en su taller vacas, pastores, pifferari, abates; se ve la Escuela de la calceta, con una porcion de niñas mas ó menos perezosas que hacen la menos labor que pueden, pues preferirian no hacer nada.

Ernesto Meyer es uno de los buenos pintores de género que explotan el interior de la ciudad y de las casas, y que sorprenden como Asmodeo los secretos de las familias y de los amantes.

Schweinfurt por el contrario, es aficionado al aire libre, al sol, á las llanuras verdes y azules, es decir,



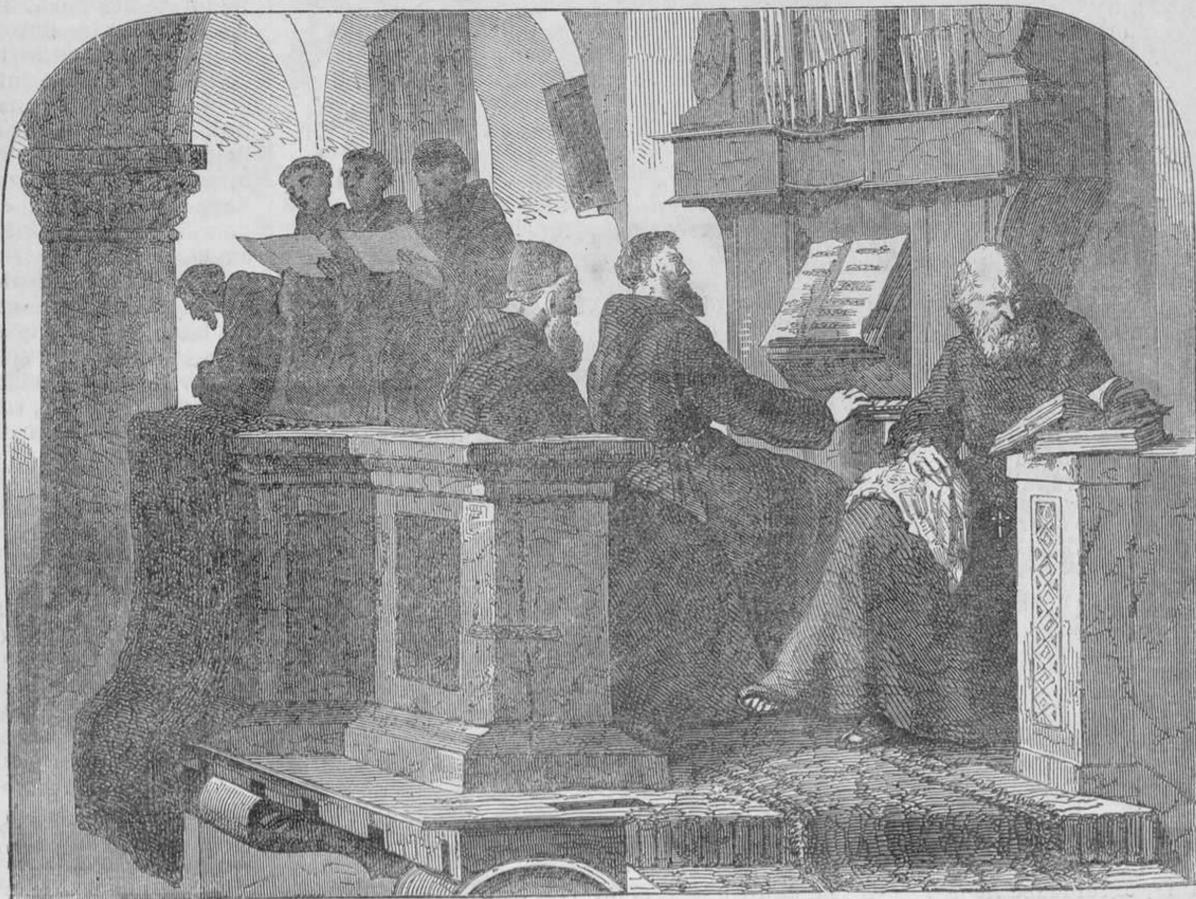
MUCHACHOS ROBANDO MORAS. — Cuadro por M. O. Brandt.

á darles el castigo que merecen.

M. Otto Brandt estaba allí y ha reproducido esa escena, con la cual ha aumentado la numerosa coleccion de composiciones de esa clase que llenan su estudio. Otto Brandt es discípulo del francés Cogniet é imita perfectamente el estilo de su maestro.

Los americanos van figurando á su vez entre las naciones artísticas. Hemos hablado anteriormente de Tomás Cramfords, y hoy diremos algunas palabras de M. L. Terry, dibujante concienzudo y colorista brillante que tiene alguna afinidad en su estilo con Cristóbal Allore de Florencia. La Marcha del joven Tobias es una de las buenas composiciones de Terry. El ángel se distingue por la belleza del tipo y de la ejecucion. El joven Tobias es un hermoso adolescente, cuya fisonomía expresa muy bien el sentimiento que le causa la marcha y el vivo deseo de contribuir á la curacion de su anciano padre que está ciego.

L. D.



FRAILES EN VISPERAS. — Cuadro por M. Max Michael.

Inauguración hecha el 7 de mayo de 1869 de los bajo-relieves ejecutados por M. Vital-Dubray en el monumento de Juana de Arco.



JUANA DE ARCO SALIENDO DE VAUCOULEURS.



LAS VOCES, VISIÓN DE JUANA DE ARCO.

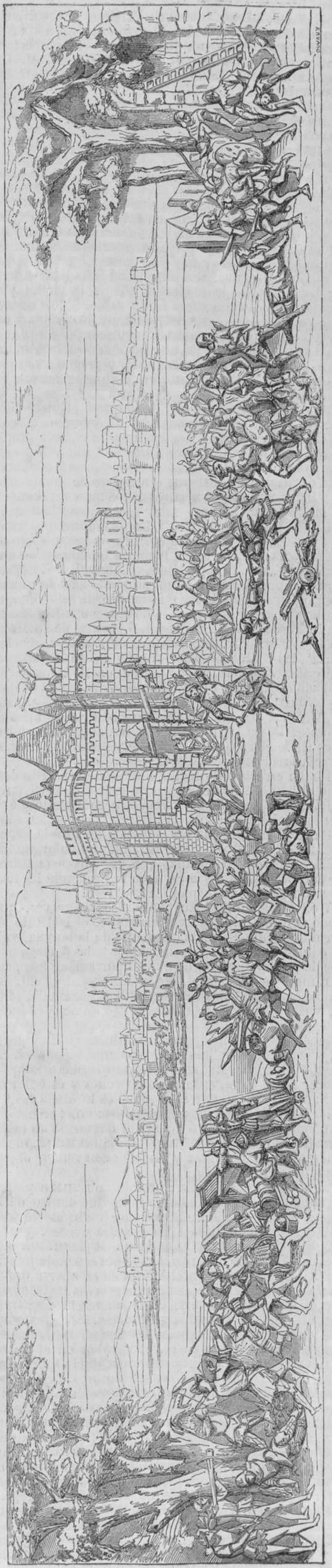
Inauguración

DE LOS BAJO-RELIEVES DEL MONUMENTO DE JUANA DE ARCO EN ORLEANS.

La fiesta de Juana de Arco que se celebró el 7 del mes último en Orleans principió á las ocho de la noche con una marcha alumbrada por antorchas. Al otro día pronunció el panegirico de Juana el abate Freppel, profesor de elocuencia sagrada en la Sorbona. Despues de la ceremonia religiosa, el cortejo se puso en marcha é hizo alto en la plaza de Martroi, delante de la estatua de la heroína; las autoridades formaron un circulo cuyo centro ocupaba el señor obispo, y se quitó el veló azul con estrellas de oro que cubria los bajo-relieves hechos



ENTREVISTA DE JUANA DE ARCO CON EL DELFIN EN CHINON.



TOMA DEL FUERTE DE TOURNELLES; LA CIUDAD DE ORLEANS LIBERTADA POR JUANA DE ARCO.

por M. Vital-Dubray. Estos bajo-relieves, cuyos dibujos damos son cuatro, y todos ellos son dignos del autor de las estatuas de Juana Hachette, de la emperatriz Josefina, de Pottier y del general Mattueri. M. Dubray ha sido felicitado por su obra por las personas mas competentes.

P. P.

Discurso de don Cándido Nocedal

AL SER RECIBIDO EN LA ACADEMIA DE LA LENGUA.

Todos vosotros, señores académicos, habeis dicho en igual trance á este en que me hallo, que no propios merecimientos, sino ajena indulgencia, os facilitaban la honra que al entrar por esas puertas se recibe. Hé aquí que llega á decir hoy lo mismo el primero que con razon lo asegura. Con sinceridad hablábais entonces; pero hija de la modestia, que de la virtud y el buen ingenio es compañera inseparable. Sinceramente hablo yo, mas á impulsos del conocimiento propio y del severo grito de la conciencia. No culpen pues á la Academia sus émulos, ni á mí los que bien no me quieran; que á quien empieza por confesar y pregonar su pequeñez, no es generoso, ya que sea justo, echársela en cara.

Mas grande es aun el favor de lo que á primera vista parece. Los que pasaron toda su vida dedicados al cultivo de las letras humanas, llegan aquí como á propio asiento, y no hacen sino continuar en union de generosos compañeros las tareas que constituian su incesante ocupacion. No así yo, que vengo de correr mas árida tierra y de surcar mas revueltos mares. ¡Si supiérais los frutos de amargo sabor que se cosechan en la vida pública! ¡Si conociérais los tormentos que asaltan á cada hora á quien se engolfa en ese piélago de engañadoras sirtes, y ha de luchar á brazo partido con la ambicion, con la ingratitud y la envidia! Entonces sí que comprenderiais bien mi profundo agradecimiento por haberme abierto las puertas de este asilo, en que el ánimo reposado y sereno se deleita con frutos abundosos y verdaderos goces. Todos, ó los mas de vosotros, habeis conservado anteriores hábitos al entrar por esas puertas, las cuales son para mí como las de ameno vergel á quien viene de inclementes arenas, como las de abrigado albergue á quien padeció larga noche de nieve y granizo en deshabitada inhospitalaria tierra. Aquí son flores los que allí eran abrojos, perfumada brisa el que antes desatado huracán. Gracias, si, gracias sinceramente os rinde el corazón á quien dispensais tan insigne merced, favor tan inmerecido.

Ni halla en este sitio menos apacible é ignorado descanso el hombre que se consagra á las tareas del foro. Es deleitoso el estudio del derecho, pero molesto y árido el ejercicio de la abogacia: honrada ocupacion que, á falta de bienes de fortuna, solemos deber á la tierna sollicitud de nuestros padres. Mirad ahora cuán grande beneficio de vosotros alcanzo yo, que voy á endulzar con el esparcimiento y alegría de la Academia las fatigas y amarguras de la política y el foro.

¡Y en qué tiempos! En tan críticos y graves, que siendo siempre interesante y patriótico el instituto de la real academia española (academia de la lengua, vulgar ó instintivamente se la llama por todas partes), hoy sube de punto su trascendental importancia; hoy, como nunca, le toca desplegar su autoridad y celo, estándole encomendadas la integridad y pureza del idioma, y con ellas la fianza mas segura de nuestra independencia.

Tienen las naciones épocas de ventura, gloria y poderío, y otras menos felices de abatimiento y pobreza. En aquellas es moda estudiar su literatura, investigar y conocer su historia, ensalzar sus hechos y estudiar su lengua. En estas sucede á los pueblos lo que á las familias honradas que vienen á menos: en el silencio y abandono de su modesto hogar, ni llaman la atencion de nadie, ni deslumbran los ojos de la multitud, ni sus esfuerzos, merecimientos y virtudes son nunca objeto de admiracion y estudio.

Tal hoy nuestra España: no solo no resuena ya por extranjeras naciones su idioma, sino que dentro de la propia casa cede el puesto al extraño, prefiriéndole para penetrar con su auxilio en las ciencias y artes, y aun para divertir los celos y apacientar el espíritu. Durante los siglos XVI y XVII la real Academia española habria sido útil cuando mas; en el XIX ha de estimarse providencial y necesaria. Hoy son franceses los tratados de derecho que sirven de texto en las universidades; franceses los libros de medicina y farmacia, los de matemáticas y astronomía con que se estudia en las escuelas; franceses los dramas que se representan en el teatro, las novelas que se repasan al amor de la lumbre en todas las casas; francesas las costumbres de nuestras populosas ciudades; á la francesa comemos, á la francesa vestimos; de Francia vienen los artifices y los artefactos de mayor uso; en francés piensan y á la francesa hablan los repúblicos; en francés se explican los españoles en saraos, tertulias y visitas; ¡hasta en francés rezan algunas de nuestras damas! Pues bien, conservar el idioma es hoy algo mas que literaria ocupacion; es defender en su último baluarte la independencia de España, y aquella índole de su carácter que mas esencialmente constituye su nacionalidad.

Cuando se la reverenciaba y temia como á prepotente y fuerte; cuando sus escuadras surcaban todos los mares, y sus ejércitos todos los ámbitos del mundo, á la sombra de su pabellon, de Oriente á Occidente, re-

sonaba majestuosa su lengua. Hoy, ceñido su poder, y no del todo, á la península, urge defendernos contra la invasion del habla extranjera. Tocó ayer á nuestros padres pelear con gloria en defensa del suelo nativo; á nosotros corresponde hoy resistir otra inundacion, no menos que aquella insidiosa y mas temible todavía, porque tiende á borrar nuestra existencia de modo tal, que no alarma á la multitud, ni excita odios, ni inflama el corazón. Empresa de gigantes os está encomendada, señores; y lo que todo un pueblo hizo en defensa del territorio, eso mismo habeis de hacer vosotros en defensa del habla.

Bien veo que hay gentes que se mofan de la autoridad de la real Academia española; pero no es esto para descorazonarse. Todos los mofadores desearian tener en ella asiento, y si llegáseis á penetrar en su morada cuando borrajean cualquier escrito, habeis de verlos registrar vuestro diccionario para desvanecer dudas y aprender lo que ignoran; todo sin perjuicio de persistir despues en su mala intencion por plazas y corrillos.

Y hoy, en el dia de la batalla, ¿qué honra tan señalada no otorgais al aventurero, que sin blason ni escudo de armas pretende quebrar lanzas, admitiéndole en vuestras filas? Su gratitud no hallará límites. Luchemos unidos, y sea lo vigoroso de la defensa proporcionado á lo violento del ataque.

Cumplida la obligacion de expresar mi agradecimiento, réstame otra. El sitio que entre vosotros voy á ocupar, dejóle vacío la muerte. Compañero vuestro el académico don José de la Revilla, mejor que yo le conociais, tanto como yo le estimábais; ¿qué he de decir en su elogio que suene á nuevo en vuestros oídos? ¿Qué otra cosa he de hacer sino consagrar aquí un recuerdo á sus merecimientos? Era uno de esos hombres sencillos, modestos, laboriosos y sabios, que estudian y enseñan sin afectacion ni ruido, que emplean la vida en llenar sus obligaciones, sin imaginar que por ello merecen alabanza; uno de esos que tienen aquí su natural asiento y cuyos servicios no se olvidan jamás.

Voy á ocuparme ahora en el examen de un asunto íntimamente enlazado con lo que acabo de indicar; permitidme dirigiros algunas observaciones sobre el género literario que se conoce con el nombre de *Novela*.

Es esta, segun vuestro Diccionario de la lengua castellana, «historia fingida y tejida de los casos que generalmente suceden ó son verosímiles.» Pues si la definicion parece buena, y por tal la tengo, ¿apreciaremos como novelas esos libros conocidos de todos, que narran hacinados en monton hechos inverosímiles, los cuales no solo no suceden comunmente, sino que no hay medio de que sucedan en lo humano? Estos tales libros serán abortos literarios, fenómenos sin nombre; pero novelas, en el recto sentido de la palabra, no lo son de seguro, salvo si se toma, como la usa el vulgo, por falsedades y mentiras manifiestas.

«¿Hay mayor contento (dice el ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha) que ver, como si dijésemos, aquí ahora se muestra delante de nosotros un gran lago de pez hirviendo á borbollones, y que andan nadando y cruzando por él muchas serpientes, culebras y lagartos, y otros muchos géneros de animales feroces y espantables, y que del medio del lago sale una voz trisísima que dice: tú, caballero, quien quiera que seas, que el temeroso lago estás mirando, si quieres alcanzar el bien que debajo de estas negras aguas se encubre, muestra el valor de tu fuerte pecho, y arrójate en mitad de su negro y encendido licor; porque si así no lo haces, no serás digno de ver las altas maravillas que en sí encierran y contienen los siete castillos de las siete fadas que debajo desta negregura yacen? ¿Y que apenas el caballero no ha acabado de oír la voz temerosa, cuando sin entrar mas en cuentas consigo, sin ponerse á considerar el peligro á que se pone, y aun sin despojarse de la pesadumbre de sus fuertes armas, encomendándose á Dios y á su señora, se arroja en mitad del bullente lago, y cuando no se cata ni sabe dónde ha de parar, se halla entre unos floridos campos, con quien los Eliseos no tienen que ver en ninguna cosa?»

Si para gloria de España y admiracion del mundo naciese hoy otro Cervantes, su don Quijote podria decir: ¿hay mayor contento que ver un hombre encerrado por largos años en estrecha prision, horadando rocas con espinas de peces, hasta dar con un sabio allí tambien recluso, el cual le enseñase todo linaje de ciencias y artes, y le revelase el secreto de un tesoro mayor que todos los hasta ahora vistos, sepultado en una *Insula* y del mundo entero desconocido? ¿Y que apenas el sabio falleciese, porque al autor no plugo hacerle inmortal, el mancebo se metiese en el saco mortuorio, y dentro de él cosido y por do quier herméticamente tapado, respire lo mismo que pudiera en mitad de los campos mas deleitables y amenos, y sea conducido por los ámbitos del castillo hasta que den con su cuerpo en las aguas del mar? ¿Qué es verle sacar de no sé qué escondrijo un cuchillo de nueva invencion, que bonitamente habia metido consigo el susodicho preso, y romper el saco, y darse á nadar por las crecidas ondas en medio de la oscuridad de la noche, y nadando, nadando, guarecerse en un barco de sospechosa catadura, y en él navegar con próspero suceso hasta la *Insula* consabida, depositaria del enorme tesoro? ¿Qué, ver convertido al pobre diablo en opulento magnate, creando caballos de nueva raza, con pieles de nunca vistos colores, corriendo de reino en reino con mayor presteza que si el vapor le empujara, haciendo por todas partes las veces de la Providencia; hasta que, cansado de recorrer tierras, y no hallando mujer al-

guna en las familias altas ó bajas, ricas ó pobres, nobles ó pecheras que por el mundo se usan, fuese menester ayuntarle, no sé si en matrimonio ó de otra suerte, con alguna dolorida princesa nacida en Trebisonda, esclava del gran turco, y dispuesta á sepultarse con el aventurero poderoso en los antros de aquella *Insula* admirable?

Si este nuevo don Quijote se entretuviera en sabrosa plática con algun rancio canónigo poco dado á creer semejantes aventuras, bien puede que hallara nueva ocasion de decir, como ya dijo otro de su misma ropa al inmortal don Quijote verdadero: «Puesto que el principal intento de semejantes libros sea el deleitar, no sé yo cómo puedan conseguirle yendo llenos de tantos y tan desafortados disparates: que el deleite que en el alma se concibe, ha de ser la hermosura y concordancia que ve ó contempla en las cosas que la vista ó la imaginacion le ponen delante; y toda cosa que tiene en sí fealdad y descompostura, no nos puede causar contento alguno.»

Estímase, en efecto, la verosimilitud como la primera condicion que ha de tener la novela, semejante en esto á todas las obras de ingenio, y mas principalmente á las dramáticas. Sin ella no hay deleite, si en el deleite consiste el exclusivo objeto de su lectura; sin ella no hay leccion, si el autor, como debe hacerlo, tira al blanco de enseñar alguna máxima precisa ó útil para la vida. Porque ¿cómo ha de ofrecer ejemplo lo que no es posible ó probable que suceda? ¿Cómo ha de parecer temible para la vida real lo que en el mundo verdadero no cabe? Ni los escarmientos aterran, ni las prosperidades sirven de estímulo, cuando recaen sobre hazañas imposibles ó sobre fábulas compuestas fuera de todo razonable discurso.

Píntese al hombre avasallado por feroces pasiones, extraviado por los aparentes prismas del vicio, conducido de error en error, de crimen en crimen, hasta caer en una bien ponderada desgracia, y el lector vicioso hallará posible, cuando no probable, llegar á semejante paradero si no se aparta de la errada senda que sigue. Retrátese la virtud serena, con el alegre semblante que lleva siempre quien está en paz con su propia conciencia; píntese la santa y valerosa resignacion del bueno en las horas de tribulacion y de amargura, y con ello el atento y advertido echará de ver la senda de la sola y única posible felicidad. Pero si rompe todo freno de fantasia, borrajeando quiméricas aventuras, mal pergeñados incidentes, y conduce á los personajes de la novela por trances ajenos á toda verdad y verosimilitud, el lector discurrirá lógicamente concluyendo que nada de aquello le puede suceder á él, porque aquello no le puede acontecer á nadie.

Hé aquí á mi juicio el principal mérito que resplandece en las obras del insigne novelista Walter Scott. Las figuras; así de hombres como de mujeres, que presenta en sus fábulas, son iguales por regla general á las que tratamos en el mundo: los niños proceden como niños, los ancianos como ancianos, como irreflexivos y briosos los que están en la fuerza de la juvenil edad.

No se preparan y complican ni se desenlazan los acontecimientos por otras causas y resortes distintos de los comunes en la vida; los cuales, agrupándose y sucediéndose con naturalidad por feliz artificio del autor como vulgarmente se agrupan y suceden en el mundo, abren la puerta á escenas tiernas unas veces, terribles otras, verdaderas y verosímiles siempre. Así de seguro se consiguen á un tiempo el deleite y la enseñanza; porque imaginar que de elementos absurdos se pueden hacer deducciones prácticas y consecuencias útiles es pensar en lo excusado. Quanto al deleite, lo mismo hay que decir de la novela que de la comedia, aseguró el príncipe de los ingenios españoles: si tiene por objeto entretener la comunidad con alguna honesta recreacion y divertirla á veces de los malos humores que suele engendrar la ociosidad, conseguirá mucho mejor este intento con las buenas y verosímiles, porque despues de haber leído la novela artificiosa y bien ordenada, quedaria el lector alegre con las burlas, enseñado con las veras, admirado de los sucesos, discreto con las razones, advertido con los embustes, sagaz con los ejemplos, airado contra el vicio y enamorado de la virtud.

Estas últimas palabras llevan el ánimo hácia otro punto importante, y mas digno aun que el anterior de la consideracion de los doctos.

Contra las novelas se ha levantado muchas veces la voz de sacerdotes, de padres de familia, de honradas matronas. ¿Y por qué sus clamores? ¿Qué males denuncian? ¿Es tal su gravedad? ¿No hay remedio para ellos? ¿Ha de condenarse la novela como género de literatura esencialmente malo y pernicioso, digno de ser proscrito en las repúblicas bien ordenadas? La novela se rige en este punto por las mismas reglas que todos los demás libros; las hay buenas y malas, provechosas y funestas, inocentes y reprehensibles. Las unas merecen ser puestas sobre la cabeza; las otras, condenacion y vituperio. Si porque se escriben malas novelas hubiera de proscribirse su composicion y lectura, habria que deterrar tambien por la misma causa la comedia; y contra aquel que dijera semejante despropósito, levantaríanse aisladas las sombras de Lope, de Calderon, Alarcon y Moratin, cuyos nombres son honra de España; habria que proscribir la sátira, y Quevedo y Jovellanos apelarian desde su tumba de tan injusta sentencia. Pero ¿á qué acudir á las profanas ocupaciones del ingenio? A valer semejante racionio, seria forzoso impedir la predicacion del Evangelio en el púlpito, porque ha habido sermones censurados severamente por los doctos,

ocasionando muchos de aquellos en el siglo anterior que un sabio jesuita publicase la sangrienta invectiva del *Fray Gerundio de Campazas*. No; del abuso no debe argüirse contra el uso, mientras el uso por sí solo no constituya un mal.

(Se concluirá.)

Rosa del cielo

Ó EL BELLO IDEAL DE UN POETA.

I.

El teatro estaba espléndido en flores frescas y fragantes, en trajes riquísimos, en pedrerías deslumbradoras. La concurrencia bulliciosa é impaciente que llenaba los ámbitos del edificio, respiraba una atmósfera ardiente y perfumada: lindos candelabros de oro y azul iluminaban radiantes el ancho salón.

Jorge ocupaba una luneta próxima á la orquesta, derramando sobre las flores, las pedrerías y los trajes de terciopelo miradas vagas y distraídas.

Pero antes de continuar es preciso saber quién es este jóven.

II.

Allá en las márgenes del Rhin, llamado por los poetas el río de las leyendas fantásticas y de los cuentos misteriosos, no lejos del sitio en que las rugientes ondas se precipitan por un cauce estrecho y profundo quebrándose en mil escollos, entre montes salvajes que tiñen las aguas con los opacos tintes de su sombra, se señalan aun al viajero los restos de un castillo feudal de la edad media, desde cuyas torrecillas se contemplaba la mas imponente y terrorífica de las perspectivas.

En este castillo vivía un jóven dulce, melancólico, espiritual, de suaves miradas y simpática sonrisa, que amaba un ser ideal desconocido. Tenía veinte y cuatro años: se llamaba Jorge. Pasaba horas enteras en la alcoba de su madre que gemía en el lecho de las enfermedades. Sentado á la cabecera de la cama prodigaba á la mejor de las madres palabras de cariño y de consuelo. Y mientras la enferma dormía, Jorge contemplaba á través de los cristales de la ventana, las colinas de esmeralda, los bosques, los prados, las aldeas y cabañas que rodeaban el castillo.

Jorge era poeta y pintor: á los doce años escribió sus primeros versos en el tronco de un árbol con motivo de la muerte de una tórtola que arrullaba dulcemente su sueño suave y apacible.

A esa edad ya le gustaba, á la hora en que las últimas ráfagas del viento de la tarde se quejan tristemente en las lánguidas ramas de los sauces, vagar solitario y pensativo por las escarpadas orillas del Rhin oyendo el monótono rumor de las aguas, y contemplando el color melancólico que dan las azuladas montañas á la interceptada luz de aquellos barrancos y desfiladeros.

Sus hermosos ojos negros se elevaban á menudo con una ligera inflexion hácia el cielo. Los brillantes y sedosos bucles de sus cabellos negros como las plumas de los cisnes de la Nueva Holanda, coronaban graciosamente su frente ancha y llena de pensamientos. Su alma se mecía en olas de infinita tristeza. La sonrisa melancólica del ángel se dibujaba siempre en su labios. — Anciano en medio de su juventud, como Rafael el amante de Fornarina, se sentía abrumado bajo el peso de su inspiración.

— ¿Qué tienes? le preguntaba cariñosamente su madre.

— Tengo enfermo el corazón, murmuraba Jorge con lánguido acento.

Y una lágrima brotaba de sus párpados.

— ¿Y qué haces aquí, hijo mío? ¿Porqué no buscas nuevas impresiones, nuevas ideas en otros climas, en otros países?

— Yo me alejaría de tí, madre mía; pero ¿cómo dejarte sola, enferma, sin parientes, abandonada en este solitario y apartado castillo?

III.

Una noche que el viento silbaba en las almenas del castillo con desesperado empuje y la lluvia y el granizo azotaban los cristales de las ventanas, Jorge se presentó en la alcoba de su madre.

— Madre mía, exclamó; yo seré feliz, el mas feliz de los hombres el día que se haga palpable y tangible mi bello ideal.

Y diciendo esto sacó del bolsillo una miniatura que había pintado en sus horas de soledad y de inspiración, y que representaba una pastora vestida con traje verde de caza, coronada con florecillas azules y blancas, sentada en un banco de musgo y bañada de languidez por los rayos de la luna que rielaba en un azulado riachuelo.

La enferma llevó á sus labios aquella creación de la fantasía del jóven poeta, tan nueva, tan original, y volviendo la cara para ocultar sus lágrimas, murmuró elevando los ojos al cielo:

— ¡Dios mío! ¡ten piedad de mi hijo!

IV.

En la tarde del siguiente día, la enferma atraído hácia su seno la cabeza de Jorge, y besándole en la frente le dijo con persuasiva é insinuante voz:

— Querido hijo: el exceso de melancolía necesita violentas emociones. Esta noche es la función de despedida de una célebre bailarina en el teatro ***.

Ya hace tres años que no vas al teatro, Jorge.

— Desde que tú estás enferma, pobre madre mía.

— Es natural en tu edad despues de tantos años de privaciones desear volver al teatro, á tu espectáculo favorito. Quiero que vayas esta noche, Jorge.

— ¿Y olvidas que no podemos separarnos, madre mía?

— Es preciso, querido hijo, yo te lo ruego, añadió la enferma con cariñoso acento. Nuestra separación será muy breve: cuatro ó cinco horas...

— Pero, madre...

— Yo te lo suplico, Jorge, por la memoria de tu padre. Vé al teatro y lograrás distraerte aunque no sea mas que las primeras horas de la noche.

Jorge llegó al teatro cinco minutos antes de principiar la función.

Al fin se oyó la argentina vibración de una campanilla, el director de orquesta hizo señas y la cortina se descorrió.

Un murmullo de admiración circuló por todo el teatro.

La escena representaba un valle de risueña perspectiva, cubierto de verdor, matizado de rosas y alumbrado por la tibia luz de la luna. Aquí y allí se veían bosquecillos de verdura, bancos de musgo y guirnalda de flores.

Sentada en uno de estos bancos de esmeralda, junto á un riachuelo de sinuoso giro, brillaba una hermosa jóven vestida con traje verde de caza, coronada con florecillas azules y blancas, bañada con languidez por los rayos de la luna.

Era una beldad trasparente, de nariz griega, boca de coral, ojos árabes, cuello de cisne, pecho turgente y hechiceramente modelado, talle breve y piés de niña.

— Mi bello ideal se ha hecho palpable y tangible.

¡Oh, qué ángel tan bello! exclamó Jorge con voz tan alta que fué oído por todos los concurrentes.

La bailarina volvió dulcemente sus ojos hácia el jóven poeta, y asomó á sus labios teñidos con el carmin de la elegante camelia una sonrisa llena de irresistible y mágica seducción. Al mismo tiempo se puso en pie, y al compás de la música ligera y aérea como la mariposa, vivá como el colibrí de América, flexible como la palmera que se mueve á impulsos de la brisa, balanceándose como el lirio sobre su tallo, vaporosa como una sílfide, se entregó á todas las delicias de un baile campestre y fantástico. ¡Qué gracia en los movimientos! ¡cuánta limpieza en la ejecución! ¡qué miembros tan elásticos, qué sonrisas, qué miradas, qué frescura en los labios, qué lozanía en las mejillas, qué cuerpo tan impalpable, tan aéreo!

Bailaba con toda su alma, con todo su corazón, con todas sus facultades, abandonándose de una manera tan lánguida é indolente que fascinaba y conmovía. Con los ojos medio cerrados, con la cabeza inclinada sobre el hombro izquierdo, con la boca entreabierta semejante al capullo de rosa salpicado con las perlas del rocío, parecía abismada en el éxtasis arrobador del baile. Sus movimientos ora eran ligeros como el pajarillo que salta de rama en rama, ora eran lentos como las cadencias de una canción melancólica. Giraba en todas direcciones, se doblaba como el bambú á impulsos de la brisa, se erguía y volvía á doblarse.

Aquel encanto y embeleso, aquellas actitudes, aquellos movimientos vivos y rápidos, la gracia hechicera de aquella Willis que giraba entre las flores al rededor de su misma sombra, aquella sonrisa risueña y tentadora, aquella atmósfera de fuego y atracción que la envolvía, aquella danza aérea y fantástica, aquella sílfide impalpable, inmaterial, que se lanzaba al aire como una nube vaporosa, no puedo ni podré describirla jamás.

Y tanto encanto, tanta ligereza, tanta fantasía, hablaban á la imaginación frases de delirio. La concurrencia en los trasportes de su entusiasmo se había levantado como si fuera una sola persona y aplaudía frenética y unánimemente.

¡Tal era el efecto mágico y las sensaciones que despertaba en los corazones aquella joya del aire!

Los hombres agitaban los pañuelos y los sombreros, y las damas arrancaban con violencia las rosas frescas y perfumadas que adornaban su cintura ó sus cabellos para arrojarlas al escenario.

Y de todos los ámbitos del teatro partían ramilletes, pájaros, guirnalda y coronas de verde y brillante laurel que tanto agrada á los dioses. Y la bailarina se deslizaba vaporosa como la sonrosada neblina, como la blanca bruma que se desprende de los ríos, por la espesa alfombra de fragantes plantas que tapizaba el ancho escenario. ¡Oh! nada mas bello, nada mas fantástico que contemplar aquel ángel de hermosura columpiándose sobre una montaña de flores, envuelta en una nube de pájaros y de hojas de rosas.

Y entre aquellas flores había blancas margaritas de los bosques, narcisos de los prados, modestas violetas de color de plata, jazmines de primavera, flores de madre selva que crecen en las grietas de las torrecillas arruinadas, camelias teñidas con el carmin del coral, dalias de las ardientes llanuras de Méjico, claveles de Jerusalén y ramos de azahares.

En todas aquellas hojas, en todas aquellas flores, en el cáliz embalsamado de todas las rosas, en las cintas de todas las coronas, en las alas de todos los pájaros había escritas palabras de admiración y de cariñosa simpatía hácia la célebre bailarina maravilla del aire.

Jorge, echado hácia adelante, palpitando de amor, de sorpresa y de placer, mudo, inmóvil, seguía con la

vista todos los movimientos de aquella sílfide, de aquella linda hada que de cuando en cuando clavaba en él sus miradas tan puras, tan limpidas y seductoras.

Al caer el telón, Jorge, arrebatado, delirante, trémulo, corrió hácia el escenario llevando en la mano la miniatura que siempre traía consigo, y se precipitó sobre la montaña de flores exclamando: — ¡Rosa del Cielo! ¡Rosa del Cielo!

La hermosa bailarina que se hallaba lánguida, cansada, con la frente apoyada en el tronco de un árbol, volvió la cara hácia el que pronunciaba su nombre. Jorge, enseñándole la miniatura, exclamó:

— Ven, Rosa del Cielo. Tú eres el bello ideal que yo he invocado en mis horas de soledad y de inspiración. Ven á mi castillo. Tuyo es mi nombre, tuyo mi corazón, tuyas mis riquezas. Yo quiero encender las antorchas de nuestro himeneo. Quiero colocar en tu frente la guirnalda nupcial y el velo del desposorio.

V.

A poco, á la claridad de la luna, corría un caballo blanco por las orillas del Rhin, el río de las leyendas fantásticas y de los cuentos misteriosos.

Montaba el fogoso corcel un jóven vestido de trovador, cuya pluma azul ondeaba suavemente á impulsos de la brisa de la noche. Llevaba el trovador en sus brazos una hermosa pastora con traje verde de caza, coronada con florecillas verdes y blancas.

— ¡Cuánto te amo, Rosa del Cielo! murmuraba el jóven con acento dulce como los quejidos de amor que lanzan las brisas de la caída de la tarde entre las flores. Tú eres el ángel que he evocado siempre en mis horas de soledad y de inspiración. Yo le buscaba ansioso al recorrer los valles, al trepar las rocas, al vagar por las orillas del río, y al subir por las montañas. Yo te llamaba á todas horas: yo preguntaba por tí á la rosa entreabierta, al arroyo, al pájaro, á la nube, al sol y á las estrellas. Tú eres tan necesaria á mi existencia como lo es el aire para las aves. Tú eres mi pensamiento único, mi única esperanza. ¡Oh! ¡cuánto te amo, cuánto te amo, ángel mío!

— Quien quiera que seas, ¡yo te amo! decía la linda pastora con acento melodioso. Yo te amo con toda la exaltación de mi alma, con todo el fuego de mi juventud. A nadie sino á tí he distinguido entre la multitud: nadie sino tú ha atraído mis miradas. Solo por tí ha latido mi corazón: solo por tí abandono mi carrera artística. No mas triunfos, no mas ovaciones. Desde esta noche mi gloria, mi ambición, mi felicidad, todo se reduce á ser amada por el hombre que yo buscaba con anhelo. Vivamos lejos de los demás, solos é ignorados.

— Sí, Rosa del Cielo, vivamos solos é ignorados, entregados á nosotros mismos, sin ambición, sin pesares, sin remordimientos. ¡Oh, cuán felices seremos bendiciendo á la naturaleza porque nos ha formado el uno para el otro! Cada uno de nuestros minutos de ventura será la eternidad en un minuto, cada una de nuestras caricias será el colmo de la alegría.

VI.

— ¡Gracias, Dios mío! Tú has tenido piedad de mi hijo. ¡Mi hijo se ha salvado!

Así exclamaba la enferma al estrechar en sus brazos á Jorge y á Rosa del Cielo, dos horas despues de concluida la función del teatro.

Y al sonreír el alba del día siguiente, dos banderas blancas flameaban en las almenas del castillo, y los ecos de las montañas repetían los sonidos de las cornetas que anunciaban á los vasallos, que el jóven castellano se desposaba con la mas hermosa de las mujeres, con una *Rosa del Cielo*.

JULIO ROSAS.

Venta de caridad en París

EN LAS GALERIAS DEL PALACIO DE LA EMBAJADA DE INGLATERRA.

De todos los estímulos que la caridad haya podido emplear nunca en beneficio de los pobres, ninguno mas productivo que el de esos bazares abiertos en los palacios donde la mas alta nobleza puede desplegar sin escrúpulo todas las astucias de los industriales consumados para hacer valer los artículos puestos en venta con un fin que asegura de antemano su buen éxito.

Para una operación de esta clase se dispuso á principios de la última semana una de las galerías del piso bajo que da á los jardines del hotel de la embajada inglesa en París. A cada lado de la galería reinaba una serie de mostradores adornados todos ellos de muselina sobre fondo rosa, recogida con lazos de cinta.

La flor de la aristocracia extranjera y francesa se hallaba detrás de esos mostradores, en los que se venden jardineras, porcelanas, juguetes de niños, perfumería, maderas esculpidas, flores artificiales, papelería, neceseres, etc. En el fondo de la galería sobre un aparador servido por los criados de la embajada y presidido por ladies Sofia y Teodora Wellesley, se ofrecían á los visitantes de este rico bazar pastelillos y refrescos.

Una orquesta militar colocada en el jardín hacia oír un variado repertorio sacado de las obras de los compositores de mas fama.

Se asegura que los pobres quedarán satisfechos de los beneficios recogidos por las nobles vendedoras.

G. F.



VENTA DE CARIDAD EN LAS GALERIAS DEL PALACIO DE LA EMBAJADA INGLESA EN PARIS.



TEATRO LIRICO. — PRIMERA REPRESENTACION DE FIDELIO, OPERA DE BEETHOVEN. — Acto último, 3er cuadro. (Véase la Revista de Paris.)